

## CORRESPONDENCIA

## ARMENIA

*Las escuelas de Guemerek*

El R. P. Fine, de la Compañía de Jesús, nos comunica el extracto de una carta del P. André, superior de la Misión de los reverendos Padres Jesuitas en Armenia. Acompaña la vista de Baiburt, una de las principales poblaciones de aquella región.

Si la publicación de estas líneas, escribe el P. Fine, inspirase á algunas almas el deseo de acudir en auxilio de las escuelas de Guemerek, podría ser esto el principio de un gran bien. Actualmente nos hallamos establecidos en seis de las principales ciudades de la parte de Armenia que nos está encomendada: nuestras escuelas para muchachos, las de niñas dirigidas por Hermanas, y los dispensarios, son las obras más sólidas. Allí, como en todas partes, hay que educar cristianamente á la infancia si se quieren tener más tarde generaciones con las que se pueda contar. Así hablamos repetidas veces el año pasado con el P. André, durante nuestra excursión por Armenia, de nuestro proyecto de instalar en las localidades próximas á los centros que ocupamos, otras escuelas para muchachos y niñas. Las dificultades prácticas que se ofrecían nos hicieron dar largas al asunto. Ahora el Obispo de Sivas ha intentado un primer ensayo en Guemerek, y conviene en gran manera que no sea abandonado, pues sería gran contratiempo para la obra de las escuelas en las poblaciones, obra que entraña un interés de primer orden. Al contrario, si se sostiene á los Obispos en sus esfuerzos; si se socorre á los sacerdotes que se envían á estas penosas Misiones, y á los maestros y maestras, todo induce á creer que se harán tentativas del mismo género, que han de producir excelentes resultados.

Léase ahora un extracto de la carta del R. P. André: «Al dirigiarnos desde Sivas á Cesárea, nos detuvimos en Guemerek, en casa del joven sacerdote que allí envió el señor Obispo de Sivas para fundar la Misión.

He podido darme cuenta de las dificultades que hallaría la realización de los proyectos que examinamos

el año último; me refiero á las estaciones que conviene instalar en los pueblos cismáticos. Me despedí del buen sacerdote con el corazón partido de dolor por lo que había visto y oído. Me recibió como un pobre abandonado recibiría á su salvador. Su pobreza era extrema, y sus consuelos casi nulos. La miseria de los armenios es tal, que muchas jóvenes y mujeres no pueden salir de casa por falta de vestidos. El local transformado en capilla es un verdadero establo: jaltar y tabernáculo no pueden ser más míseros!

«Las dos escuelas que se han abierto son la única esperanza del sacerdote. Para dirigir la de muchachos se designó á uno de nuestros mejores alumnos católicos de Tokat, quien en seis meses ha hecho prodigios con sus setenta muchachos, la mayor parte de los cuales saben ya el Catecismo y las oraciones; y los más adelantados leen y traducen regularmente las tres lenguas turca, armenia y francesa.

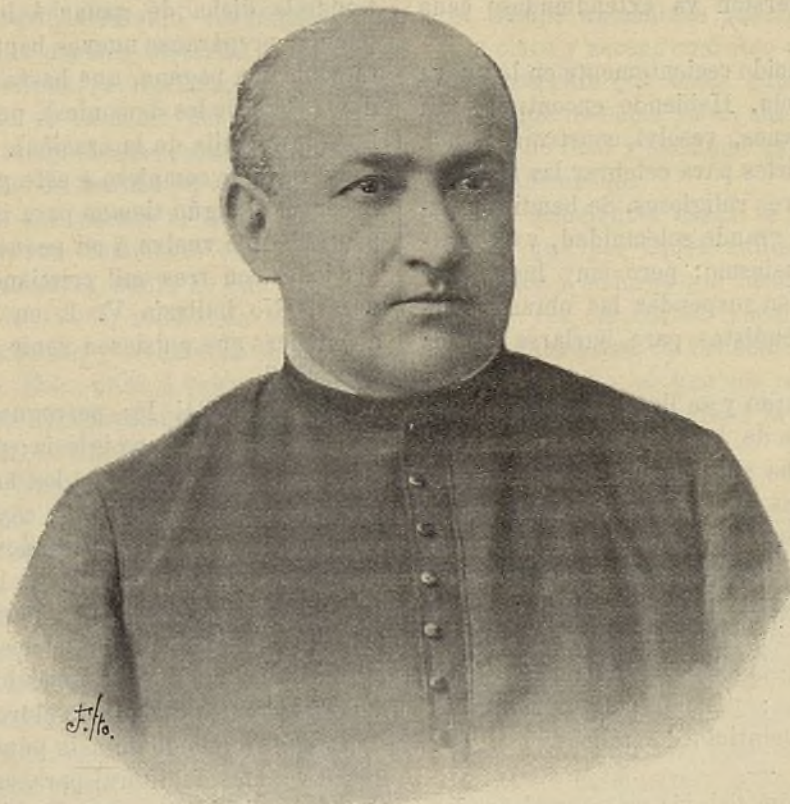
A más de treinta ha de proveer de vestidos, sin contar con recursos de ninguna especie. Le ayudé cuanto pude, pues me partía el corazón verle en tales apuros.

En un tercer local hay las clases para las niñas, en número de cuarenta. Una excelente mujer, algo instruída, hace las veces de maestra, hasta que se pueda contar con una institutriz. La pobreza, la falta de vestidos y la dificultad de transitar por aquellos barrancos, hacen que para la mayor parte sea difícil el acceso á la escuela.

Si el Obispo de Sivas no puede mejorar la situación de este sacerdote, á quien sólo alienta su virtud y abnegación en medio de tantos obstáculos, no creo que este ensayo se prolongue mucho tiempo. El sacerdote está postrado física y moralmente; sus compañeros, el joven maestro y su sirviente, ambos muy abnegados, no podrán continuar con él.

Es sumamente triste no poder sostener mejor este ensayo de dos escuelas en Guemerek, que nos proporcionaría un nuevo centro católico. Serían suficientes unas mil pesetas anuales; pero estamos tan agobiados con tantas obras apostólicas, que no sé cómo saldremos de tales apuros.

Estos son grandes, sobre todo si se atiende á la persecución de que han sido víctimas los cristianos por parte de los turcos.



R. DR. D. GREGORIO ROMERO, obispo auxiliar de Paraná. (Pág. 479)



## COLOMBO (isla de Ceylán)

*Progresos de la fe entre los budistas*

El R. P. Ambrosio Oillic, de la Congregación de Oblatos, desde Bollata escribe el 19 de Junio último al Ilmo. Melizan, arzobispo de Colombo, dándole cuenta de las dificultades y los consuelos que halla en su ministerio cerca de los budistas de Ceylán.

Dice así:

**H**ACE tres años que dirijo todos mis esfuerzos para que vayan cada día en aumento las conversiones de los budistas, y tal ha sido el fruto de la propaganda que los sacerdotes del ídolo, saliendo de su apatía, reparan sus pagodas, hacen oír noche y día el tamtam, y los monjes budistas, que perecían de hambre en su *pansala*, reciben arroz en abundancia y echan mano de medios reprobables para ahuyentar al misionero. Felizmente, con un poco de firmeza y perseverancia, la obra de conversión va extendiéndose cada vez más.

De esto me he convencido recientemente en la nueva cristiandad de Tibotugoda. Habiendo encontrado allí cierto número de cristianos, resolví construirles una iglesia que pudiese servirles para celebrar las fiestas y cumplir en ella sus deberes religiosos. Se bendijo y puso la primera piedra con grande solemnidad, y empezaron los trabajos con entusiasmo; pero muy luego, por falta de fondos, fué preciso suspender las obras, aprovechando la ocasión los budistas para burlarse de los cristianos.

Por tres veces arrancaron y se llevaron la cruz plantada en el emplazamiento de la iglesia; pero al cabo de tres semanas la cruz ha sido devuelta en su lugar por mano de los culpables castigados. Otra vez desapareció la cruz de mi escuela, mas el día siguiente los dos malvados, víctima de un accidente providencial, morían entre atroces dolores confesando su falta. Este golpe de la justicia divina tocó en fin el corazón de los infelices paganos. La iglesia está hoy construída, nuestra santa Religión triunfa; y cuento actualmente en aquel pueblo quinientos veinticinco católicos.

En Bollata la victoria fué todavía más completa. La primera vez que visité este pueblo entré de noche, para que no se advirtiese mi presencia. Sabiendo que había allí algunas familias cristianas mezcladas con los budistas, y viviendo casi como ellos, no omití diligencia para hallarlas, y logré reunir veintiocho, para disponerlos á la recepción de los Sacramentos. Asistieron muchos paganos, atraídos por la curiosidad, oyeron las predicaciones, y se sintieron tocados por la gracia: hoy contamos aquí ciento veinte familias de buenos cristianos.

Con los subsidios que me ha concedido V. I., he empezado la construcción de una iglesia que, aunque modesta, no deja de honrarnos.

En Yakkaduwa, cristiandad reciente, la patrona de la iglesia, Santa Elena, ha obrado maravillas. También allí, como casi en todas partes, los paganos, excitados por los sacerdotes budistas, me recibieron muy mal, y permanecí muchos días absolutamente aislado. Si quería visitarles, se encerraban en sus cabañas ó huían á los

bosques. Sin embargo, merced á algunos cristianos mejoró algo la situación, y pronto se construyó un cobertizo con troncos de árboles y ramas de cocotero.

El veterano de nuestras Misiones budistas, R. Padre Chunavel, me prestó su linterna mágica en la que se representan las diversas escenas del Antiguo y Nuevo Testamento, y cada noche mostré algunas proyecciones. El resultado fué satisfactorio. Los paganos, movidos por la curiosidad, acudieron en gran número, y oyeron la explicación de cada cuadro. Hice durar más de un mes esta predicación de nuevo género, que me permitió bautizar unos treinta de los más instruídos y mejor preparados.

Hace un mes que he vuelto á este pueblo, en el que he bautizado dieciocho recién convertidos. Hemos empezado la construcción de una iglesia pequeña, y me faltan una campana y una imagen de Santa Elena. He tenido la dicha de ganar á los principales jefes del pueblo: prepáranse nuevos bautismos, y confío que esta población pagana, que hasta ahora se llamó Yakkaduwa (hija de los demonios), pronto se nombrará Yakknyaduwa (hija de la oración). ¡Ah! ¡cuán fácil sería convertir por completo á este pueblo si pudiese permanecer en él algún tiempo para instruírle! Pero es indispensable que vuelva á mi pequeña diócesis de ocho poblaciones con tres mil cristianos que me reclaman á voces. ¿No hallaría V. I. en Europa algunas almas apostólicas que quisiesen venir á cosechar esta mies ya en sazón?

En Vellikadai los portugueses construyeron hace más de dos siglos una iglesia; pero fué destruída en el tiempo de la ocupación de los holandeses, y los pocos neófitos que la frecuentaban cayeron poco á poco en el Paganismo durante los cien años en que la persecución holandesa impidió el acceso de los misioneros católicos en Ceylán. Este país, pues, nuevamente pagano, está poblado de budistas de la peor especie. Llámense á sí mismos hijos del diablo, ó más bien, diablos: *Morotuwa Yakkas* (los diablos de Morotuwa).

Habiendo hallado en este punto algunas familias paganas venidas del litoral para conservar ó cultivar la tierra, les decidí á emprender la construcción de una iglesia en honor de San José; pero careciendo de recursos, la obra queda estacionada. Los budistas dicen que la obra no se terminará nunca. ¡No habrá en Europa almas devotas de San José para vengar el honor del santo Patriarca!

En honra de María Inmaculada he emprendido la construcción de otra iglesia en el pueblo de Nivendama, que contiene más de quientas familias y es el baluarte del Budismo. He hallado un solar muy propio en la cumbre de una colina que domina la población: era nada menos que el *Pansal wattai*, el jardín del templo budista, donde años hacía se venía á honrar á Buda de muchas leguas á la redonda. Allí vivía y recibía las ofrendas un bonzo, monje budista.

En este terreno he instalado una escuela singalesa, que me sirve al mismo tiempo de residencia y de capilla. Todos muestran las mejores disposiciones. Espero que me proporcionaréis abundantes limosnas y buen número de generosos operarios evangélicos.



## FERNANDO POO

*Tendencia favorable de los bubís.—Casa de Musola.—Primitivas de esta Misión*

Es cosa de grata satisfacción, escribe desde Musola el 15 de Julio último el R. P. Antonio Aymemí, C. M. F., y que alienta sobremanera á proseguir nuestra empresa de la conversión y civilización de estos pobrecitos bubís, el considerar que los esfuerzos hechos para tal objeto no resultan del todo infructuosos, sino que, al contrario, de cuando en cuando son recompensados con sabrosos frutos, y nos ofrecen días de gozo y alegría en el Señor. Prueba de ello es el presentarse muy á menudo niños y niñas y aún adultos de ambos sexos, para que se les admita en el número de los catecúmenos, y pedir con instancias el *agua de Dios*, como ellos llaman al bautismo. Y considérese que esto no pueden verificarlo sino venciendo graves dificultades y sufriendo muchos dictérios y burlas de parte de sus paisanos infieles, particularmente parientes: lo cual todo, atendido el carácter del negro, que no puede tolerar la más insignificante palabrilla despreciativa, tiene muy mucho de heroico, y al propio tiempo manifiesta que no es tan escaso el fruto como se ha creído y dicho alguna vez. Solamente en el pueblecito de María Cristina, sito en la bahía de San Carlos, en menos de un año (el de 1896), recibieron el Bautismo unos sesenta próximamente, y se unieron en santo matrimonio once parejas. Esto, pues, á quien haya tratado y conozca á los bubís, extremadamente supersticiosos, tímidos y desconfiados, no le parecerá poco.

El edificio de esta Misión es todo de hierro, y fué destinado en principio á sanatorio donde pudieran recobrar la salud los europeos residentes en la colonia de Santa Isabel; pero la carencia de medios de comunicación hizo imposible el planteamiento de ese humanitario proyecto. El año 1889 se organizó una expedición para elegir el sitio más á propósito, y después de haber hecho un minucioso reconocimiento de los parajes comprendidos en la cuenca que forma la bahía de San Carlos, dió la preferencia á un desmonte situado al E. de dicha bahía á 450 metros de altura sobre el nivel del mar, en las estribaciones medias de la cordillera que se extiende desde el pico de Santa Isabel al de San Carlos. Se halla cercano á varios pueblos, entre ellos el de Musola, del cual tomó su nombre el sanatorio, y lo bañan dos caudalosos ríos, Vitembo y Aeva, cuyas aguas son potables y de fácil canalización.

Próximo al de la Misión hay otro edificio, también de hierro, destinado á colegio de niñas bubís, que no pueden ir al que en Santa Isabel tienen abierto las Religiosas Concepcionistas; y se están haciendo gestiones para instalar en él otra Comunidad de dichas Religiosas, en la seguridad de que ha de ser mucho más concurrido que aquél; porque los jefes de familia que se oponen á enviar á sus hijas á larga distancia, y menos á la bahía, donde se resiente en gran manera la salud de los bubís, verían con gusto una escuela dentro de la tribu, ya por hallarse muy cercana á los pueblos de toda la bahía de San Carlos, ya por lo pintoresco y saludable que es el clima de Musola.

Esta naciente Misión, á la cual podríamos llamar hija

de la de María Cristina, ha dado ya sus primeros frutos de bendición.

Era el 16 del que rige, festividad de Nuestra Señora del Carmen, día memorable y de muy gratos recuerdos para los Hijos del Inmaculado Corazón de María, el escogido por nuestra dulce Madre para colmar de alegría á los que residimos en las pintorescas y frondosas montañas de Musola. En este día se dió comienzo y se puso la primera piedra al futuro pueblo católico de Musola con el bautismo de los seis primeros catecúmenos de esta Misión, y con el matrimonio canónico de dos de ellos.

Estamos en la época de las lluvias, las cuales son muy frecuentes y abundantes en estas alturas, por la cual causa nos vemos envueltos en muy húmeda y densa niebla. Los días serenos y despejados son contados en tal temporada; mas plugo á nuestra buena Madre que el tiempo aumentase nuestra alegría. Amaneció este día claro y sereno cual otro ninguno; lo cual contribuyó no poco para que estas pobres gentes demostrasen el gozo que no cabía ya en sus pechos con repetidos disparos de fusil y echando salvvas y gritos, á lo que son muy aficionados.

En semejantes casos se goza verdaderamente, de modo que por aquel entonces olvida uno todos los trabajos y sudores que cuestan.

De vez en cuando hacemos algunas correrías por estas montañas, en las cuales correrías hemos visitado al gran Moka, el que nos recibió con toda afabilidad. Quiera el Señor traerlo á la fe cuanto antes como se lo pedimos.

De otra carta escrita desde Banapá el 3 de Agosto de 1897 por el R. P. Sutrias, también misionero del Inmaculado Corazón de María, extractamos lo siguiente:

... Como tenía de los vecinos de Banapá muy buenos informes, hallándonos al fin de la Cuaresma dijeles que no obstante haber recibido casi en general los Santos Sacramentos el día de San José, cuyo nombre lleva el pueblo, esperaba que cumplirían con el precepto pascual, los hombres el Domingo de Ramos, y en la Pascua de Resurrección las mujeres. En efecto, el sábado de Pasión se acercaron al confesonario casi todos los hombres, y los restantes el domingo á primera hora. Antes de la Misa mayor hubo bendición de Ramos, procesión muy edificante, y á continuación la Misa, en la que recibieron al buen Jesús estos sencillos indígenas. El Sábado Santo, á eso de las tres de la tarde, estaban ya las mujeres pidiendo confesión, y hube de estar en el confesonario hasta el anochecer, y en la mañana siguiente recibieron á Jesús sacramentado después de haber comulgado el celebrante.

No sólo los bienes del alma les procuramos, sí que también miramos por su bienestar temporal; á este fin se ha procurado que tenga cada uno su finca de cacao, el cual, conforme va creciendo, crece en los pamues el amor á su finca, y como quieren conservarla limpia, todos los días van al chapeo, y todo el tiempo le pasan ahora santamente ocupados en las faenas del campo, viviendo todos con tanta paz y unión que hay para alabar al Señor de las misericordias, por las que ha de rramado en favor de nuestros muy estimados indígenas.



A una persona enferma, después de contarme los dolores que sufría, preguntéle qué quería, refiriéndome á medicinas ó alimentos que solemos darles en sus enfermedades, y con el mayor candor me contestó: «Yo quiero mucho á Jesús y á María.»

Todos indistintamente, sea viejo, sea joven, ya hombre, ya mujer, trabaje para sí ó á mensualidad por otro, celebran muy religiosamente la fiesta de su santo Patrón. En dicho día visten de gala, oyen la santa Misa y reciben los Santos Sacramentos. Quiera el Señor que conserven y aumenten tan buenos sentimientos, y tengan estos buenos indígenas en nuestra católica España imitadores en el modo de celebrar la fiesta de su santo Patrón.

## MADAGASCAR

### *Admirable movimiento de conversiones*

Nuestros lectores se regocijarán con nosotros y darán gracias á Dios leyendo esta consoladora correspondencia que acompañamos con algunos grabados. (*Véanse las págs. 468, 469, 472 y 473*). Después de largos años de tribulaciones, ha sonado al fin la hora de la recompensa, y es de desear que la caridad católica secunde el celo y los esfuerzos de los valientes misioneros de la grande isla africana.

El R. P. Castets, de la Compañía de Jesús, superior de la Misión de Emyrne, escribe desde Tananarive en Junio último:

**P**ERMITIDME OS DÉ á conocer los maravillosos sucesos que presenciámos en Madagascar.

El Espíritu Santo parece renovar hoy los prodigios que cumplió el día de Pentecostés. Bien sé que algunos enemigos, á quienes Dios perdone, han atribuido las innumerables conversiones que se operan en Madagascar, á la violencia, á las amenazas, á las mentiras, á todo ese conjunto de cosas inicuas á que se da el nombre de manejos jesuíticos. La verdad es que estas poblaciones se vienen á nosotros con toda libertad y confianza, porque conocen por instinto que Dios está con nosotros.

Recientemente dos ministros protestantes se presentaron en una aldea que acababa de convertirse al Catolicismo; pero á sus excitaciones nuestros neófitos sólo contestaron.

—Todos sin excepción somos ahora voluntariamente católicos.

Los ministros comprendieron que era inútil insistir más, y se fueron á buscar á otra parte más fáciles conquistas.

El R. P. Alfonso Taix escribía al Ilmo. Cazet el 8 de Junio:

«En todas partes me reciben con los brazos abiertos: lunes en Ambohidranalibo, hoy en Tsaraonenana, en Aujeva, en Jarami, en Ambohimanambola... ¡Es un verdadero sueño!...»

La mejor prueba de la espontaneidad de las conversiones es el entusiasmo con que los neófitos construyen las iglesias. Si pudieseis recorrer con nosotros las diversas regiones de Emyrna y del país betsileo, veríais numerosas poblaciones agitarse como enjambres de abejas para levantar nuevos edificios consagrados al culto: construyen la *casa de oración*, destinada á servir de iglesia y de clase. En medio de las aldeas, cierto que

hay un templo que ellas mismas construyeron, pero casi siempre está cerrado por no haber un protestante que á él concurra. Entre tanto las reuniones se tienen el domingo al aire libre, en una plaza pública, y durante la semana el pueblo entero, sin exceptuar los niños, trabaja con ardor para levantar la modesta iglesia de ladrillo ó tablas.

Hace pocos días visité tres de estos pueblos, en cada uno de los cuales repetí las mismas palabras:

—Hijos míos, no podréis orar siempre al aire libre. Vendrá la estación de las lluvias, y ¿qué haréis sin techo que os cobije? ¿Queréis hacer una iglesia?

—Sí queremos.

—No os lo mando; sois libres de hacerlo: construís si así os place.

—Construiremos.

—Pero las obras correrán á vuestro cargo: lo más que puedo hacer por vosotros es daros las tejas y la madera.

—¡Gracias! construiremos nosotros mismos.

He aquí toda la historia de las violencias y de los manejos jesuíticos.

Desde Antanamalace al Este de Tananarivo, escribía en Junio último el R. P. Peyrilhe:

«Partí para Antanamalace, á últimos de Mayo, y pasé por Ambatomanga, donde un pastor protestante francés quiso arrebatarme los fieles que quitamos á los ingleses, pero perdió tiempo y trabajo. Luego fui á Manjakandriana, población situada en la ruta de Tananarive á Tamatava, y allí encontré más de doscientos alumnos en mi escuela católica, cuando antes no teníamos uno sólo. En Ankeremandinika, encantadora aldea en los lindes de un bosque, también no hay más que católicos.

«Desde este punto fui á Sabotsy, y allí vi otra escuela floreciente. El día siguiente me dirigí á Ambodini-fody, en la misma ruta, y los habitantes me pidieron escuela é iglesia católica: es una nueva conquista...

«Nuestra santa Religión se va arraigando en todas las poblaciones del camino principal, desde el valle de Mangoro hasta Tananarive; y eso que á mi llegada, el 25 de Octubre último, la Misión católica no contaba aún, en aquella ruta de trescientos kilómetros, sino con la estación de Tamalava, cerca del mar, y el puesto de Ambohimalare muy cerca de Tananarive.

«Heme ahora párroco de unas cuarenta parroquias. Mañana voy á despedir para una nueva escuela mi trigésimoséptimo maestro de escuela. Las escuelas de mi distrito cuentan actualmente con unos cinco mil alumnos.»

## BRASIL

### *Misión en el Alto Paraguay y en la meseta de los Parecis*

El R. P. D. Nicolás Badariotti misionero salesiano, escribe desde Cuyabá, en Febrero último, á su Padre Superior:

**R**EVERENDÍSIMO y amadísimo Padre: Con gran alegría escribo á V. R. para darle noticias de una Misión que, con la ayuda de Dios, hice en la región del Alto Paraguay y en la meseta llamada de los Parecis, unido á una expedición que por cuenta de la



Banca *Rio Matto Grosso* se proponía explorar las riquezas naturales de una parte del gran valle del río Tapajoz, uno de los principales afluentes del de las Amazonas.

*Consoladora administración de Sacramentos.—Bondadoso corazón de los negros.—En la floresta del Corrupira.—Los bugres.*

Hechos los preparativos necesarios para este largo y peligroso viaje, partimos de Cuyabá el día 26 de Julio del pasado año, 1896. En un principio nuestro viaje se hizo muy despacio porque las mulas, no estando todavía acostumbradas al trabajo, se obstinaban en no querer llevar los fardos que contenían las vituallas, un altar portátil y algunas fruslerías para agasajar y atraer á los indios. Al cabo de algunos días pudimos apresurar la marcha tomando la dirección del Noroeste.

Atravesamos varias poblaciones, siendo muy bien recibidos en todas ellas.

En todas partes al tener noticia de que con los expedicionarios viajaba un misionero, nos esperaban ya reunidas varias familias con multitud de niños que todavía no habían sido bautizados, y de adultos que deseaban recibir la Confirmación, para lo cual había recibido yo la competente autorización del obispo de Cuyabá, Ilmo. señor D. Luís de Amour.

Uno de los pueblos de nuestra travesía es la pequeña aldea llamada Chapadao, habitada exclusivamente por negros. El color para nada influye en las excelentes cualidades que he podido observar en esta raza, y á pesar de que en este país estuvo por mucho tiempo establecida la esclavitud, se encuentra entre los negros la más cordial hospitalidad, el más cariñoso trato. Gran número de familias vinieron de lejos á Chapadao, venciendo todas las dificultades del viaje por aquella región en gran parte montañosa. En este pueblo nos sucedió un hecho providencial que no quiero dejar de contar á V. R.

Antes de llegar á la aldea tuvimos que dar la vuelta á una montaña calcárea por la cual corrían arroyuelos de agua cristalina, pero que saturada de minerales, era muy perjudicial al estómago. Engañado yo por la hermosa apariencia de la corriente, quise en ella aplacar mi sed, lo cual me produjo un malestar que me obligó á permanecer dos días en Chapadao. No fué ciertamente aquel

tiempo del todo perdido, pues aunque con un poquito de trabajo, pude predicar, decir Misa y confesar á los que estaban bien impuestos, bautizando y confirmando á un sinnúmero de niños y adultos con gran júbilo y provechó espiritual de aquellos buenos habitantes.

Por la tarde vinieron á avisarme para que asistiera á la danza llamada de San Gonzalo, y al canto de las Letanías que habían preparado. Quedé maravillado al ver la exactitud con que cantaron las Letanías, dirigidas por el anciano maestro.

El canto recordaba los tiempos de las primitivas Misiones, y tenía un no sé qué de suave, halagador y místico que hacía asomar las lágrimas á nuestros ojos. Termidas las Letanías dieron principio á la danza de San Gonzalo.

Es de notar que el baile en el Brasil, con más ó menos oportunidad, se usa con frecuencia en las funciones



COCHINCHINA.—Anciano anamita y su nieto. (Pág. 471)



religiosas. Por lo que á mí toca, juzgué ridícula la función que aquella pobre gente hizo de buena fe y con la mejor intención.

A los dos días de nuestra permanencia en Chapadao emprendimos de nuevo la marcha para ir descendiendo la vertiente del Paraguay. Aquellos pobres habitantes quisieron darnos una prueba más de su cariño, colmándonos de atenciones y regalos y acompañándonos hasta la entrada de la inmensa floresta del Corrupira (demonio). Era verdaderamente conmovedor ver al pueblo en masa venir detrás de nosotros, desafiando los abrasadores rayos del sol, para recibir una vez más la bendición del misionero, y prometerle que pediría á Dios su pronto y feliz regreso. Entre tanto nuestra vanguardia se encontraba ya en la espesura de la floresta, y yo grandemente conmovido me uní á mis compañeros de viaje dando gracias á Dios por los consuelos que me había proporcionado en este pueblo.

Tan grande era la impresión que me había causado lo anteriormente referido, que á duras penas pude observar lo imponente de la floresta que cubre el valle, cerrado por las montañas de Araras y del Corrupira. Esta cordillera, casi toca calcárea, forma una línea oblicua que va de Diamantino á San Luís de Cáceres, separando las vertientes del Paraguay y del Cuyabá. Atravesando un estrecho desfiladero salimos á una llanura que, con las pequeñas colinas y multitud de palmas que la pueblan, presentaba el más grato y vistoso panorama.

Algunos días después atravesamos el *Jauhcoara* (habitación de los *jauh*, peces) y siguiendo la corriente de este río llegamos á un lugar llamado *Barra dos Bugres*, situado sobre la ribera derecha del Paraguay, próximo á la confluencia del *Río dos Bugres*. Este pueblo debe su nombre á los bugres, indios salvajes de la tribu de los barbados, que habitan y devastan con sus continuas y funestas correrías la orilla derecha del Paraguay (latitud 14° 30' S., long, 58° O. del meridiano de París). La mayor parte de los vecinos del pueblo son comerciantes en poaya, por lo mucho que abunda en la vecina floresta.

Singular recibimiento nos hicieron á nuestra llegada. Además de algunos músicos, salieron á recibirnos dos cantores, un hombre y un niño, uno que tocaba la guitarra, mejor dicho, que hacía ruido con ella, y otro que sonaba un tambor. Esta brillante orquesta recorría á la sazón las calles recogiendo limosna para no sé qué fiesta. Cuando alguno hacía una oferta le presentaban una bandera que llaman del Espíritu Santo para que se cubriera con ella mientras los músicos tocaban una marcha. También me llegó á mí el turno; pero yo no me cubrí con la bandera, por ir ya vestido con las vestiduras del sacerdote, que son sagradas. Visitamos al Sr. mayor D. Juan B. de Almeida, principal personaje del pueblo, y nos recibió con suma generosidad, ofreciéndonos su hospitalidad franca y sincera, y poniendo á mi disposición su casa, que yo aproveché para mi sagrado ministerio, bautizando y confirmando á varios indios.

*Los indios barbados.—Su vida y costumbres.—Robo de los niños.—Nuevos consuelos para el misionero*

Un mes hacía que habíamos partido de Cuyabá. Después de permanecer siete días en Barrados Bugres para completar nuestros preparativos, partimos en dirección NO., empleando dos días en atravesar la floresta de la Poaya. Dejamos á nuestra derecha el territorio habitado por los barbados, porque no era nuestro fin visitar á estos indios de feroces intentos.

Difícilmente se puede saber algo de esta misteriosa tribu, porque estos indios, antropófagos según algunos, viven en el mayor aislamiento, y con tenaz empeño esquivan el trato con los extraños. No tienen barba; pero la usan postiza de piel de *bugios* (monas) cuando ven pasar por la ribera del Paraguay á algún extranjero. Se cree que esta tribu trae su origende una familia de *paulisti* (provincia de San Pablo), originaria de Europa; pero esto es muy hipotético, puesto que nada de común tienen con los europeos, ni relación alguna su lengua con la portuguesa. Sin embargo, existen en esta tribu algunos individuos que hablan perfectamente el portugués, y que lo cultivan con el único objeto de servir de intérpretes.

Los barbados, en vez de fusiles usan arcos y flechas largas y muy pesadas. Son de índole feroz, aunque generalmente viven tranquilos en medio de su aislamiento y sin preocuparse de nada. Hacen frecuentes correrías contra los parecis, á los cuales roban sus hijos para comérselos, y ésta es la principal causa del terror que los parecis les tienen.

No hace mucho tiempo que una cuadrilla de parecis invocaron el auxilio de los blancos para obtener de los barbados la restitución de algunos niños que éstos les habían robado. Navegando iban por las aguas del río Paraguay cuando vieron á los barbados ordenados en la playa, armados de arcos y flechas y en actitud amenazadora. Uno de los blancos intimó á los barbados que restituyeran los niños de los parecis, á lo que con arrogancia respondió uno de ellos:

—Retiraos, blancos: dejadnos pelear con los parecis, y después veréis.

A tan insolente contestación les respondieron con algunos disparos de fusil que pusieron á los barbados en precipitada fuga. Al explorar el campo que los barbados habían abandonado, horrible y sangriento cuadro se presentó ante sus ojos: los cuerpecitos de los infelices niños que habían robado á los parecis estaban descuartizados y puestos al fuego asándose. ¡Pobres barbados! ¡Cuándo llegará el día feliz en que luzca en vuestros horizontes la bienhechora luz del Evangelio, y para siempre saque á vuestras indomables tribus de la noche de la barbarie!

Continuando nuestro viaje, después de tomar algún descanso en Barra dos Bugres, llegamos á la montaña de Tapirapuan (región de los tapiros), que forma una inmensa rampa de cerca setecientos metros de altura, y cuya esplanada va á unirse á la Sierra de los Parecis que divide las vertientes del río Paraguay y la de los afluentes del Amazonas. Llegamos á su cumbre cuando el sol tocaba al ocaso, y acampamos bajo los corpulentos y elevados árboles que eran sacudidos por los fuertes vientos de la meseta de los Parecis.



Desde el Tapirapuan caminamos siempre al E., y después de rodear todo el territorio de los barbados llegamos á la hacienda del Sr. Marcelino Prado, uno de los hombres más buenos y religiosos de la provincia. Tiene á sus órdenes algunos criados brasileños, varios parecis y gran número de indios chiquitos de Bolivia, todos cristianos, blancos y completamente civilizados. Este señor nos acogió con la mayor cordialidad, y contribuyó en gran manera al cumplimiento de mi ministerio. Instruí y bauticé á una mujer de los parecis y á su hijo, que entendían bastante bien el portugués. Mientras daba mis instrucciones á éstos, los chiquitos me oían con sumo gusto, terminando por pedirme que permaneciera con ellos. Confesé y confirmé á un gran número de personas de razas diversas. Finalmente, á los pocos días de permanencia en aquella deliciosa granja, colmados de las atenciones y regalos del señor Prado, nos marchamos, acompañándonos hasta una regular distancia los indios chiquitos, muchos de los cuales lloraban amargamente al despedirse de nosotros.

*En el territorio de los parecis.—Sitiado por las monas.—Los primeros parecis.—Costumbres, compleción y lengua de estos indios.—Creencias religiosas.*

Entramos en el territorio de los parecis, debiendo caminar casi diez leguas para encontrar las primeras *malocas* (palabra portuguesa que significa casa de indios).

Antes de llegar á ellas, tuvimos que acampar por varios días á orillas de un río para abrírnos paso por entre la floresta, valiéndonos para ello de cuchillos, hoces y hachas. Para entretener el tiempo me interné solo en la floresta, y á los pocos pasos me vi rodeado de infinidad de monas. En la copa de un árbol altísimo había una que parecía provocarme: la disparé un tiro, y cayó al suelo dando aullidos, era un *ateler paniscus* tan grande, que á duras penas pude llevarle hasta el campamento. Una vez abierto el sendero, me fuí con un compañero hasta encontrar lo primera *maloca*. Habíamos andado dos leguas cuando topamos con una al salir de entre la espesura, sorprendiendo así á sus moradores y siéndonos por consiguiente fácil poder observar en su estado ordinario la singular morada de los parecis. En la puerta de la casa había dos mujeres que, al vernos, intentaron huir; pero permanecieron en su sitio cuando nosotros les hicimos ciertas demostraciones en señal de amistad. Una de las mujeres dió algunas voces en una lengua para mí completamente desconocida, y de todas las partes de la floresta aparecieron niños que, si bien al pronto demostraron temor, se aproximaron después que les hicimos algunos regalillos. Una niña se me acercó, y registrándome los bolsillos me tomó el rosario, que no tuve más remedio que dárselo, pero antes besé el crucifijo y la invité á hacer lo mismo; ella se echó á reír y no quiso besarlo, pues el beso es desconocido de los parecis.

Una de las mujeres, sin duda agradecida, se retiró de nosotros para volver al poco rato con unas raíces asadas y agua fresca en una calabaza. Este obsequio fué para nosotros señal de buena acogida.

La habitación de los parecis es ovalada, de arco ojival y cubierta, con mucho gusto, con hojas de una

planta llamada *pacova*. La puerta está en el centro y es sumamente estrecha, y tan baja que al entrar hay necesidad de agacharse. A un metro de altura sobre el hogar hay un bazar donde puestos al humo conservan los alimentos. Los parecis van completamente desnudos: se suelen poner una camisa; pero esto lo hacen más por mostrar cierta dignidad ó lujo que por decoro. Los jóvenes se adornan el cuello, los brazos y los riñones con objetos de filigrana, y los niños llevan al cuello infinidad de adornos.

Las mujeres velan su modestia con una faja de algodón encarnada, de un palmo de ancha, y esto sin distinción de edad, sin excluir á las niñas de pocos días. En todos sus actos observan el más escrupuloso recato y modestia.

Los parecis son más que de estatura regular, bien proporcionados y esbeltos. Tienen el cabello negro, largo y fino, y llevan la raya partida en medio. Su color es bronceado, sus ojos negros y penetrantes; poca ó ninguna barba, facciones regulares y á veces bellas; el cráneo desarrollado y redondo, y el ángulo facial abierto.

La lengua de estos indios es muy diferente del guaraní y del tupí; es armoniosa, dulce y no muy difícil de aprender. Demuestran sumo placer cuando ven á un extranjero aprender su lengua, prestándose gustosos á enseñársela.

Cuando llegaron nuestros compañeros emprendimos de nuevo nuestra marcha, haciendo alto en la orilla de un río muy próximo á la segunda *maloca*, mucho más poblada que la primera por ser residencia del segundo cacique de los parecis. Allí tuve la fortuna de hallar una mujer de la raza, que sabía hablar portugués. Me sirvió de intérprete para instruir á aquellas familias en las principales verdades de nuestra Religión, y con su ayuda pude formar un pequeño vocabulario de su lengua.

Estaba yo verdaderamente conmovido al ver la atención con que por vez primera escuchaban aquellos infelices la historia del género humano, los dogmas de nuestra fe y la santidad de la moral cristiana. Al terminar mis instrucciones me dijo el cacique que algunas cosas de las que yo había dicho las observaban ellos por la tradición y costumbres de sus antepasados.

Las ideas religiosas de los parecis se pueden reducir á las siguientes:

Crean en Dios, Enoré (Tupá, de la raza tupinhande-jara de los guaraní), Señor del cielo y de la tierra, el cual amenaza con el trueno y fecunda la tierra con la lluvia. Enoré castiga al genio del mal como autor de todas las desgracias que afligen á la humanidad. Enoré tiene un hijo, y su patria se llama Balaata-uetegu.

Los parecis admiten la unidad de la especie humana, cuyo primer hombre se llamaba Dalucanaiter, verdad que ellos expresan con la sola palabra *hatitaure*. El primer hombre era justo y fué muerto por su hermano (Caín y Abel). Refiriéndose á los indios antropófagos, á quienes los parecis tienen horror y desprecio, me dijeron que Cenicalore mató á su padre y se casó con Eenocuquini, que había matado á su padre. De este matrimonio traen su origen los tapanhumas, apiacás y nhambiguas, tenidos como antropófagos y que hoy habitan la parte superior del valle Tapajoz.



Preguntados sobre su origen, no me supieron decir más que su primer padre fué Uzare, el cual habitó cerca de la gran cascada del Juricena; que allí vivieron unidos todos los parecis, hasta que prevaleció el principio de condenar á muerte al sospechoso de maleficio. Todavía dura entre ellos esta ley bárbara, pues hace poco tiempo que fué enterrada viva una mujer por haber sido juzgada como autora de maleficio.

Cuando muere alguno lo sepultan en su propia casa, bajo la cama donde dormía, y con él entierran todos los objetos que en vida le pertenecieron.

El matrimonio lo celebran sin llenar formalidades de ningún género. Se casan con una sola mujer; pero se creen tener derecho á considerar también como esposas á sus propias hijas. El cacique, como dueño absoluto, puede tomar por esposas todas las mujeres que quiera, y repudiarlas cuando mejor le parezca.

A los jóvenes les vigilan cuidadosamente y les educan en malocas á propósito, y con absoluta separación de sexos.

En las varias veces que me he visto precisado á hospedarme con los parecis, he podido estudiar con algún detenimiento sus costumbres. Nunca les he visto alterar en alta voz; se hablan con mucha melosidad y tan bajo, que parece temen ser oídos. A veces uno de ellos habla por mucho tiempo, y el otro aprueba sus palabras con signos, empezando á hablar cuando el primero ha terminado.

Viven de la caza, que se procuran con los fusiles que pueden adquirir á cambio de goma elástica. Los niños se sirven del anzuelo y las flechas. Su arte culinaria no comprende más que el asado, que comen acompañándolo con el *biju*, que es una especie de hogaza de harina de maíz.

Observando una vez el interior de una casa, vi á varias mujeres entretenidas en masticar maíz remojado en agua, que después, hecho masa, echaban en una caja de madera. Pedí explicaciones de aquel trabajo, y me dijeron que estaban haciendo la chicha, que es la más regalada bebida de estos indios, algunos de los cuales se dedican al cultivo del maíz; pero en esto son muy inferiores á los indios bocachiris del río Arinos, cuya principal riqueza es la agricultura y la cría de ganado mayor.

Los parecis se construyen sus casas con mucho arte, cambian fácilmente de sitio, y van á establecerse á los parajes en que abunda la caza y la miel silvestre, que por esta floresta no escasea.

En la tercera maloca nos proporcionamos un guía llamado Lozoíaca, y por los brasileños Vespasiano; hombre inteligente, probo y hábil cazador puesto á las órdenes del gran cacique.

En todas las malocas que visitamos no perdí ni una sola ocasión para instruir á sus moradores en los misterios de nuestra sacrosanta Religión, hablándoles también, por divertirlos, de Europa y de otros lejanos países. Maravillábanse estos infelices con lo que les decía, pues estaban creídos que el Brasil era todo el mundo, y cuando les decía que era de noche en otros países cuando aquí es de día, se reían y quedaban admirados.

Viéndome cazar mariposas y otros insectos, ayudáronme los niños y me proporcionaron hermosos y varia-

dos ejemplares; y como advirtieran que no contento con esto, estudiaba la naturaleza, me llamaron á parte y me aplicaron el nombre de *Utariti*, que siendo demasiado lisonjero, no creo del caso decir su significado.

(Se concluirá).

## MISAMIS (Filipinas)

*Visita al cerro Limanon.—Datos científicos.—El árbol cenoso.—Documento histórico perteneciente á la familia Cabling.—Orígenes de Dapitán.*

En carta escrita desde Dapitán, el R. P. Francisco Sánchez, de la Compañía de Jesús, dice lo siguiente á su reverendo Padre Superior:

EL 15 del actual el P. Obach y yo visitamos el cerro Limanon, en el cual Uray, viuda de D. Pedro Cabling, según tradición antigua, se fortificó y derrotó á los moros mindanaos que pirateaban por las costas de Dapitán: está situado al Sur de esta localidad y á una distancia de una legua y media: tendrá unos treinta metros de elevación sobre el nivel del mar, pues es más bajo que el cerro de Dapitán, el cual según el P. Cirera, se eleva sobre el mismo nivel unos cincuenta y cuatro solamente: practicamos una somera excavación en un sitio inmediato á la cumbre más alta por la banda del Oeste, y con gran sorpresa nuestra hallamos un anillo de oro, de labor algo tosca y primitiva, que llevaba engastado en el centro un vistoso rubí del tamaño de un guisante. Los indios que nos acompañaban estaban locos de alegría, pues si bien ellos creen estar allí sepultada la cristiana y heroica Uray, empero creen asimismo que si alguno intenta subir al cerro experimentará la muerte, y vendrán sobre el país males y desdichas sin cuento. Por esto al desembarcar al pie del Limanon, el piloto ó guía de la expedición nos ponía dificultades para que no intentáramos el codiciado ascenso; empero al ver nuestro decidido empeño en subir, fueron perdiendo el miedo. Desde la cima se ve el cerro y la iglesia de Dapitán por la banda del Norte, y es un punto verdaderamente estratégico. Prosiguiendo con el hallazgo del anillo las excavaciones, encontramos una medalla de latón en uno de cuyos lados está la Virgen sentada teniendo al Niño de pie sobre sus rodillas; delante de entrambos vese otro niño ó serafín; en el otro lado parece estar San Francisco de Asís de rodillas en frente de un templo ó iglesia: recogimos también fragmentos de tinajas distintas en el barro y en la hechura, como también de platos, tazas, etc. Viendo se hacía ya tarde, determinamos volver otro día, con herramientas, pues ahora íbamos desprovistos de ellas, tomando el asunto con más atención, pues quizás esté allí enterrado nuestro inmortal P. Gutiérrez, el héroe de Dapitán y de todo Mindanao. Aquí recogimos la *Cochlostyla Silva*, Pow. y la *Leptoma pyramis*, Kobel, y dos especies del género *Scarabus*. Abundan en dicho cerro el *nitong puti Lygodium dichotomum*, Sw. y los *pitogos*, *Cycas circinalis*, L.

Emprendimos la vuelta, pues el sol ya declinaba al ocaso, con lo cual pudimos tomar algunos datos que no dejarán de tener algún interés para V. R., que tanta afición tiene á las exploraciones de Mindanao.

A poca distancia del Limanon y en la banda derecha





ARMENIA.—Vista de Baiburt. Camino de Erzerum, que cruza la ciudad. (Pág. 457)

Ayuntamiento de Madrid



del estero volviendo hacia Dapitán se destaca otra colina cubierta de arcilla colorada; es mucho más alta que el Limanon y se llama Lumánao: aquí nos recogieron en el mangle varias conchas bivalvas de color amarillento ó negruzcas que comen como vianda regalada estas pobres gentes; es la *Sirena orbicularis*, que abunda en todo el Archipiélago.

Andando un corto trecho divisamos una segunda colina, en el mismo lado del estero que la anterior y de menor elevación, que llaman Taucan: en ella nos llamó la atención un árbol de hermosa y ancha copa, llamado *bauno*, que es sumamente venenoso: de él afirma el Padre Obach que en cierta ocasión subieron dos muchachos del pueblo á dicho árbol para recoger su fruta, que es comestible, y uno de ellos por haberse hecho un rasguño insignificante en el brazo al trepar por él, quedó tan envenenado al solo contacto de la herida con la corteza, que murió al poco tiempo; el otro llegó á estar de gravedad, y al fin con gran trabajo salió con bien del apuro.

Dicen los conocedores del país, que es cosa ya probada, que al cobijarse uno debajo de su sombra al llover ó en tiempo húmedo, le produce hinchazones; y si le cae á uno agua impregnada del jugo de sus hojas causa ampollas é hinchazones, las cuales dan fiebres y dolores agudos; y por poco que se descuiden en tomar sus contravenenos de asta de venado carbonizada, pepita de San Ignacio, etc., mueren irremisiblemente. Árbol verdaderamente traidor; ya porque sus frutas son regaladas y comestibles, ya también porque lo sombrío y espeso de su copa convida á descansar debajo de él; pero ¡ay del que incantamente allí reposa, aún por breve tiempo! pues paga muy cara la sombra y el descanso, ya que no le cueste la vida ó graves dolores. No sé si será éste el árbol que tanto deseó ver el malogrado y distinguido botánico D. Sebastián Vidal y Soler, y que Blume llama *Arbol toxicaria*. Diga al reverendo Padre Rector que veré de enviar para el herbario del Ateneo varios ejemplares con hojas, flor y fruto, para que pueda regalar alguno á los Sres. don León Guerrero, D. Regino García y otros amigos nuestros. Bueno sería que hiciera el análisis del mismo don Anacleto del Rosario: pero cuidadito con esta planta.

A pequeña distancia del Tapucan y cerca del desagüe del pequeño río Sipain está la cotta de María Uray ó primera defensa del cerro Limanon: es toda de piedra y tiene unas dos varas de grueso por diecisiete de largo: cae por el lado Sudoeste de Dapitán, de cuyo punto distará una legua. La mandó construir la heroína cristiana Uray, viuda del mariscal de campo dapitano don Pedro Cabiling, para defender estas cristiandades contra los piratas musulmanes que de continuo las asediaban. Hoy está dicha cotta sumergida debajo del agua del manglar, porque al cambiar el cauce del río de Ilaya se inundó toda esta comarca.

Continuando así entretenidos y tomando datos, se presentó luego el manglar inmenso en el cual campean los árboles de manglar que cita el P. Delgado, y vi que estaban aquí sin faltar ninguno: por de contado que no faltaban el *tabigui* y el *bachao*; y hago especial mención de estos dos árboles, porque cabalmente aún ahora en Dapitán hacen la sal por medio de las cenizas del

*tabigui*, según el procedimiento que indica en su obra el ya citado Padre, y allí remito al que desee más detalles y pormenores: y del *bachao* se logra, como dice el mismo P. Delgado, una pasta, machacando en un mortero ó almirez las raíces tiernas del mismo. Un aficionado ha hecho algunos ensayos con dicha pasta, logrando modelar figuras, marcos de cuadro, etc., muy bien y con facilidad, si está recientemente preparada; y además tiene dos propiedades, las dos muy notables y excelentes, que son: la 1.<sup>a</sup> que es impermeable, escupiendo el agua, lo cual podría hacerla útil formando tejas con la misma: 2.<sup>a</sup> que no es combustible; y aún se podría agregar una 3.<sup>a</sup>, y es que los objetos con ella modelados son de poco peso.

Enviaré frutas del *tabigui* para que los niños enfermos, en su convalecencia se entretengan en colocar de nuevo en sus respectivos alvéolos las muchas pepitas que encierra cada fruto.

Estos son los datos principales recogidos en la excursión del 15 de Diciembre último.

Sabedor el señor Comandante P. M. del distrito del próspero resultado de nuestra excursión al Limanon, nos indicó tendría mucho gusto en acompañarnos otro día con el fin de practicar ulteriores y más detenidas excavaciones: accedimos gustosos á su demanda, fijando el día 19 de Diciembre para llevarla á efecto.

En efecto, cargado todo lo necesario en una espaciosa y segura *banca*, que mandó preparar el señor Gobernador con gran esmero, nos metimos de lleno en el inmenso nival salpicado de árboles manglares, descritos anteriormente: al cuarto de hora de feliz, tranquila y agradable marcha dejamos á la izquierda el arroyo Ambulug; tomando el atajo Lagtúran, en el cual se estrecha notablemente el cauce de nuestra vía acuática; llamándonos la atención, ya las ondeadas raíces de la nipa, ya la multitud de nerutas, nerutumas y otras que por allí tranquilas van campando.

Al poco rato se presenta á nuestra vista un escuadrón de robustos *simios* (*Cercocebus cynomolgus*, Schs.), los cuales estaban merendando las regaladas ostras enclavadas en las nipas; les capitaneaba un barbudo machín, el cual á pesar de estar á pocos metros de nuestro esquife, permanece inmóvil y mirándonos con cierto descaro; *sans façon*. El señor Gobernador le hizo muy presto pagar caro tamaño descaro, pues una perdigonada de su certero *rifle* le dejó en el sitio, huyendo los demás con el rabo entre piernas. Si podemos disecarlo lo remitiremos para el Museo del Ateneo.

Con este gracioso incidente y la consiguiente hilaridad se pasó volando la hora que llevábamos de camino, fondeando en la falda de Tapután, monte volcánico de una vegetación poco potente, pero variada y de carácter tropical.

Después de media hora de descanso para echar un vistazo al monte, volvimos á nuestra *banca*, reconociendo tras breves instantes la *cotta* de piedra de que ya hice mención anteriormente, y en la cual encalló algún tanto nuestro baroto por estar baja la marea; aportamos al cuarto de hora á las *estribaciones* del suspirado Limanon.

Es monte asimismo de origen volcánico, cuya altura medimos con el barómetro que para este efecto llevába-



mos, resultando estar elevado sobre el nivel del mar unos treinta metros próximamente; en su parte inmediata á la cumbre encontré dos fósiles en perfecta formación: uno pertenece al género *tridaena*, y el otro, como está roto y truncado, me parece ser del género *potamides*: se los remito para que los revise nuestro buen amigo D. José Florencio Cuadras, tan aventajado en este ramo.

A pesar de ir muy bien provistos de barretas y zapaicos y de un número regular de hombres, los cuales trabajaron con afán y en puntos diversos, no dimos con los fabulosos tesoros de María Uray ni con la cueva del codiciado telar de oro: el resultado de lo hallado en las excavaciones es el siguiente.

1.º Fragmentos de tinajas diversas en la construcción y en la arcilla de que están elaboradas: es notable una de éstas, pues lleva grabado el escudo ó símbolo del Celeste Imperio, ó sea un dragón tragando el sol, lo cual representa los eclipses; es de barro plástico ó arcilla refractaria, barnizada de color pardo amarillento: creo son aún hoy día de uso frecuente entre los infieles subanos de estas comarcas.

2.º Varios fragmentos de diversos platos y fuentes chinas, de las llamadas *craquelé* ó con mallas: están pintadas á mano con muy delicados y variados dibujos de armas, flores, aves, jabalíes, etc.

3.º Trozos de fuentes y platos chinos muy antiguos, á la *fayence*, muy hermosos y de dibujos esbeltos.

4.º Un trozo de porcelana japonesa llamada celadón; de esto no tenemos certidumbre.

5.º En una cueva poco profunda en la primera es-tribazón del cono volcánico encontramos fragmentos del cráneo, de la tibia, femur, radio, etc., humanos.

6.º Un pedacito de calcedonia ó ágata cornalina de un rojo vivo y subido, pertenecía á algún objeto de lujo, pues está el borde labrado.

Todo esto parece indicar que en dicha colina ó cerro enterraban los subanos antiguos sus difuntos, pues es costumbre entre ellos enterrar con el muerto todas sus prendas y objetos, rompiendo los de barro y porcelana para que nadie intente usarlos.

Y ésta es, reverendo Padre Superior, la breve reseña de nuestras exploraciones al Limanon.

Llevo asimismo recogidos muchos datos de la fauna, flora y mineralogía dapitanas, que omito hoy para no hacer interminable la presente: procuraré, no obstante, remitírselos en otra ocasión, cuando sean más en número y más completos: sin embargo, creo será para V. R. muy grato el documento histórico que posee la familia Cabiling de esta localidad, pues confirma la opinión del P. Delgado acerca del origen de Dapitán, como puede verse en la página 262 de su interesante Historia sobre Filipinas.

El documento es del tenor siguiente, copiado del original.

Hay un sello redondo en el margen superior de la izquierda del papel en folio; con la inscripción: «PHILIPPUS V D. G. HISPANIAR. REX:» luego se lee á continuación: «Sello cuarto, año de mil setecientos y dieciocho.»

«El mariscal de Campo D. Fernando Manuel, de Bustillo Bustamante y Rueda, del Consejo de su Majes-

tad, su gobernador y capitán general de estas islas Filipinas, y Presidente de la Audiencia y Chancillería Real en ellas residentes: Por cuanto el mariscal de campo, General D. Lorenzo Cabiling, cuarto nieto de Pagubayan, principal que fué primero de los pueblos de Bohol, Baclayon, Mansasan y Dauis, y después en el cerro de Mindanao, á donde se retiró con ochocientas familias, por la traición que usaron con su hermano D. Ilasan los matasares, vivió con dicha su familia en el cerro de Mindanao, hecho señor de los subanos, terror de toda la morisma, por petición que dió á las veintiseis de Mayo del presente año, me representó, que al tiempo que llegaron los primeros españoles á Dapitán les acogió con todo amor y caridad, y teniendo allí en aquella ocasión embajadores de Ternate los despidió, diciendo no quería más amistad que con aquellos nuevos hombres, que habían llegado á su tierra, y entendiéndose con prodigiosos milagros los españoles, á los indios, y los indios á los españoles, les dió pilotos y guías que los trajeron al cabeza que había dejado en Bohol, llamado Catunas y de allí los llevó á Cebú, donde habían asentado el primer pie. A este cuarto agüelo del suplicante y á todos los demás sus ascendientes debió el Rey N. S. la pacificación de estas islas D. Gonzalo Magleno su bisagüelo, D. Pedro Cabiling, mariscal de campo, General de todos Bisaismo, su agüelo y encomendero de los subanos, y su padre D. Ignacio Cabiling, todos habían servido con inconcusa fidelidad al Rey N. S., en cuyo servicio habían ocupado sus personas y gastaron sus haciendas; por cuya causa el suplicante había venido á suma pobreza, y sólo se había quedado la sangre de sus ascendientes, y el respeto que le tenían aún todo Mindanao, Joló y demás naciones de aquellas islas, pidiéndome le honrase con la encomienda que poseyó su padre y agüelo, para poder continuar en el servicio de S. M. C., como constaba de los papeles que presentó, y por mí vistos. En consideración de lo referido, y esperando lo continuará y llevará adelante el Real servicio, como sus antepasados en nombre del Rey N. S. hago donación en el dicho mariscal de campo, general D. Lorenzo Cabiling, de cien tributos de los subanos de los que no estuvieren pacíficos, ni pagaren tributos, con cargo y condición, que á su costa y pensión los ha de reducir y pacificar y traer á la real obediencia, por los mejores medios que le fuere posible y de dar á S. M. C., que Dios guarde, dichos tributarios fuera de los ciento, que se le conceden para que los tenga y goce y posea conforme á la ley de la sujeción de los indios, fecha por S. M. C. y lo que ha de cobrar de cada uno en cada un año, no ha de exceder de diez reales, teniéndolos pacíficos, y de ellos se ha de pagar el real situado, y el ministro que adoctrinare á los que se hicieren cristianos: y los cinco reales de ellos se han de cobrar en especie, de los frutos que siembran, se cogieren y criaren; y los otros cinco en reales; y no excederá de esto por ahora; y ha de tener cuidado de las industrias en las cosas de nuestra santa fe católica, para que vengan en su verdadero conocimiento; sobre que le cargo la conciencia y descargo la de S. M. C. y mía en su Real nombre; y no permitirá sean vejados ni molestados por ninguna persona, y teniéndolos pacíficos y quietos, ha de estar obligado



de traer confirmación, de S. M. C. de su Real persona y Consejo de Indias, de esta merced, y de la media nata que debe pagar por razón de ella, como lo tiene dispuesto y mandado en varias reales cédulas, que de esto tratan; la cual se le hace sin perjuicio de tercero de mejor derecho; y de este título se tome la razón por la parte del Real Fisco, en el libro Manual, que se mandó formar por auto del Real acuerdo, su fecha á los 26 del año pasado de 1704 por los señores Residentes y Oidores de esta Real Audiencia, en obediencia de lo dispuesto y mandado por S. M. C. (Q. D. G.) por Real Cédula, su fecha en Barcelona á los 17 de Octubre del año pasado de 1701; y asimismo los oficiales Reales y el Contador de cuentas y resultas de estas islas Filipinas tomarán la razón del presente en los libros de su cargo para que conste.

noticias y datos referentes á Dapitán: de la entrevista resultó lo siguiente:

1.º Que el año 1831 el clérigo secular P. Juan Corbera y cura interino de Dapitán recogió todos los documentos relativos á esta población, y los mandó á Cebú á los Padres del convento de San Nicolás.

2.º Que D. Francisco Morales, residente en Cagayán de Misamis, conservaba la historia de María Uray.

3.º Que María Uray fué á Iligan para buscar el cuerpo del difunto y venerable P. Pedro Gutiérrez, y que lo trajo á Dapitán en su *sacayán* llamado *manog-maligo* ó gavilán marino, el cual era muy andador. Según esta versión y según el parecer de los ancianos, el P. Gutiérrez está enterrado debajo del presbiterio del altar mayor de la antigua iglesia.

A esto se redujeron las tradiciones orales de los an-



MADAGASCAR.—El gobernador hova al salir de Misa. (Pág. 460)

«Dado en Manila, á 7 de Julio de 1718 años.

«Don Fernando Manuel de Bustillo Bustamente y Rueda.—Hay un sello con lacre.»

Hasta aquí el documento. La misma familia de Agustín Cabiling, que vive actualmente en Dapitán, posee otros documentos interesantes, dos de los cuales tienen para los de nuestra Compañía un especial interés, pues en ellos se hace mención de gracias reales concedidas á petición de los PP. Pedro José de Tría, rector de la residencia de Dapitán el 31 de Mayo de 1724, y del P. José Ducós, rector de la cabecera de Iligan el 11 de Enero de 1754.

Hace unos días reuní en el convento á algunos de los más ancianos de la población para lograr, por su medio,

cianos de Dapitán. Ahora me están buscando cuentos, historias, cantos, etc., antiguos y modernos, religiosos y profanos, para poder conocer mejor la lengua y las costumbres de estas sencillas y piadosas gentes.

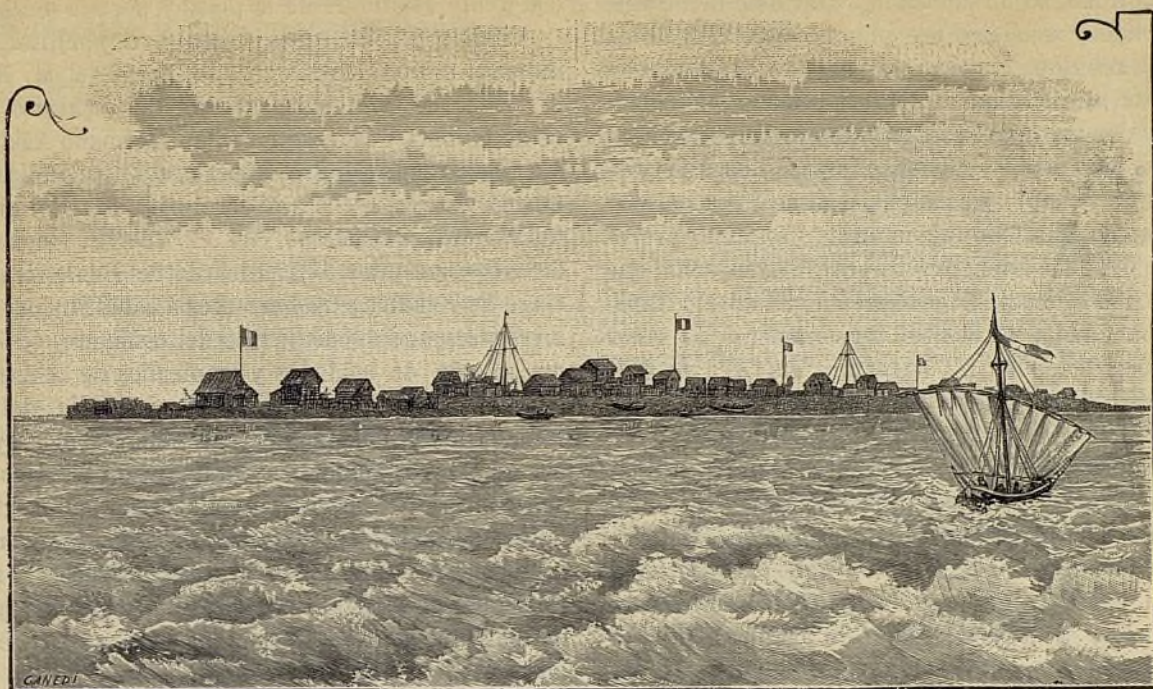
### CAROLINAS ORIENTALES

*Conversión y bautismo de la familia real de Kiti*

El R. P. Fr. Bernardo de Sarriá, misionero capuchino, escribe al Rmo. P. Joaquín de Llevaneras, procurador general:

**R**EVERENDÍSIMO [Padre: La vida apóstolica en países infieles, desconocida ó mirada con indiferencia por la Europa incrédula, constituye una de las historias mas interesantes y encantadoras del gé-





Cementerio. Residencia francesa. Criollos. Mensajerías francesas, inglesas, hovas y noruegas.

MADAGASCAR.—Vista de Nossi-Vey. (Pág. 460)

nero humano. Cada Misión es una verdadera epopeya. El misionero es el personaje principal de la misma: cada paso que da, cada encuentro ó conversación con los salvajes, es un drama cómico, ó trágico, si se quiere, pero siempre interesante para el hombre observador. ¿Qué tienen que ver con tal epopeya los antiguos libros caballerescos y las ficticias frivolidades noveles-

nuas ocupaciones del sagrado ministerio no me dejen tiempo para ello!

Sin embargo, no por esto puedo dispensarme de deponer por algunos momentos la cruz y empuñar la pluma, cuando la trascendencia de los acontecimientos apostólicos lo reclama. El suceso que voy á consignar es, á mi parecer, digno de ocupar un lugar en las principales



MADAGASCAR.—Vista de Maintyirano. (Pág. 460)

cas de nuestros tiempos? ¡Oh qué grato sería para el pobre misionero que escribe estas líneas desde la Océanía, ocuparse en la descripción de tan peregrinas é interesantes escenas! ¡Lástima que las muchas y conti-

páginas de los anales de las Misiones de las Carolinas Orientales. Es la conversión admirable y el bautismo del Rey y Reina de Kiti, el principal reino de Ponapé por su vasto territorio.



El Rey de Kiti es un anciano que, si bien de amable carácter, había sido siempre muy despreocupado en materia de religión. La avaricia, unida á la indiferencia religiosa, constituían su distintivo moral. Muchísimas veces los antiguos protestantes se empeñaron en alistarle en sus filas, comisionando para ello á los demás reyes de Ponapé, y en especial al celeberrimo corifeo Nanapey; más todo fué en vano. Con estos precedentes se puede fácilmente columbrar la admiración que causaría á todo Ponapé su conversión. El mismo Nanapey, arriba citado, lo confesó ingenuamente al señor Gobernador, diciendo: *El bautismo del Rey de Kiti es un gran triunfo para los misioneros católicos, pues los protestantes jamás pudieron conseguirlo.*

La Reina de Kiti era de un carácter diametralmente opuesto al de su marido: era naturalmente piadosa, y hacía mucho tiempo que deseaba el bautismo. Repetidas veces amonesté é incité á los nobles consortes á abrazar la santa y hermosa bandera del Catolicismo, rogando al Rey de reyes y Señor de los que dominan, se dignara mover aquellos corazones. Después de algunas conferencias, y de disipar algunas dificultades, tuve el consuelo indescriptible de que se me presentaran pidiéndome ser agregados al gremio de los catecúmenos, y después de cuatro meses de preparación en esta casa-Misión, recibieron el bautismo. El día 11 de Marzo de 1897 fué el destinado para este acontecimiento, siendo padrino el muy ilustre señor gobernador político-militar de todas las Carolinas Orientales D. Miguel Velasco.

Séame lícito hacer un pequeño bosquejo de tan solemne fiesta y augusta ceremonia.

El día 10, á las nueve de la mañana, fondeaba en el puerto de Kiti llamado *Mutok*, el hermoso cañonero de guerra *Quirós*, conduciendo á bordo desde la colonia española al muy ilustre señor Gobernador, y al muy Rdo. P. Agustín de Aríñez, superior de las Misiones, acompañado de los RR. PP. José de Tirapu y Segismundo, del Real de Gandía, y del Fr. Sebastián de Sangüesa, con el fin de asistir á la función.

El barrio llamado Aleniáng, residencia de la casa real desde la antigüedad, y también de la Misión católica, presentaba un aspecto sorprendente y encantador, tanto por el adorno de los edificios como por la elegancia de los trajes que lucía la gran multitud de todo sexo, edad y condición, perteneciente á diversos reinos ó tribus de Ponapé. La casa real, de elegante construcción, estaba vistosamente adornada con muchas banderas de diversas naciones; entre las cuales, y en lugar preminente, ostentaba orgullosa sus hermosos colores la bandera de la católica España. La iglesia y sus edificios adyacentes, la casa-Misión y la escuela católica estaban graciosamente engalanados con los sencillos adornos que puede y sabe improvisar un pueblo humilde y pobre, pero inspirado por la piedad y entusiasmo religiosos. En la entrada de la plaza se construyó un gradioso arco triunfal con banderas que facilitó la marina de guerra de esta región. En los cuatro ángulos se levantaban altísimos mástiles de bambú, en cuyos extremos ondeaban, rizadas por el viento, grandes banderas de la nación. La iglesia fué pequeña para tanta concurrencia; por lo cual mu-

cha gente asistió desde la plaza y pórtico de la misma.

Además de las Autoridades civil y militar, que he indicado arriba, asistieron á la función el M. Rdo. Padre Eduardo Bontemps, superior del vicariato apostólico de Gilbert y Marshall, con su Hermano Asistente; la muy reverenda Madre Superiora de las Religiosas del mismo vicariato, con su Secretaria; los Religiosos antes citados, juntamente con el Rdo. P. Buenaventura de Alboraya y los HH. Ricardo de Beniganim y Santiago de Zandio, pertenecientes á estas Misiones; el primero y segundo comandante del cañonero *Quirós* con un pelotón de soldados y empleados de la Armada; el capitán y dotación del barco *Maris Stella*, del vicariato de Gilbert, fondeado en este puerto; el Rey de U, con su acompañamiento, y el ilustrado carolino Kiten-se, capitán de puerto y condecorado con la gran cruz de oro de Isabel la Católica. Finalmente, también se hallaban presentes todos jefes subalternos del reino kiten-se, según mandato del Rey, y una grande y apiñada multitud perteneciente á la democracia de Kiti y otros muchos reinos de Ponapé.

La augusta ceremonia del bautismo, confirmación y matrimonio de la familia real fué conferida por nuestro superior en estas Misiones, M. Rdo. P. Agustín de Aríñez, según lo solicité y era justo y razonable. Al Rey se le puso el nombre de Miguel, y á la Reina el de María. La ceremonia fué solemne y duró dos horas por lo menos. Acto continuo, el muy reverendo Padre Superior dirigió un elocuente sermón en kanaka á los concurrentes, felicitando á los Reyes, al reino, etc., etc. Siendo muy conocida aquí la lengua inglesa, pareció daría mucho realce á la fiesta, y al mismo tiempo sería un testimonio de unidad católica, el que el muy reverendo Padre Superior del archipiélago inglés de Gilbert, hospedado en esta Misión, les dirigiera la palabra en idioma inglés; se lo propuse y pedí, y, como esperaba, lo hizo admirablemente, afianzando la fe de estos isleños y colocando á grande altura á Misiones y misioneros.

Al salir de la iglesia la numerosa concurrencia, se hicieron algunas descargas de fusilería en señal de júbilo y fiesta. Por último, se coronó la fiesta con mil y mil felicitaciones, celebrándose alegres y cristianos banquetes.

El muy ilustre señor Gobernador regaló á sus ahijados, entre otros presentes, varios trajes costosos y dos grandes anillos de oro, con hermosas inscripciones, obra de un artista de la colonia.

He ahí, trazada á grandes rasgos y con tosca pluma, la grandiosa fiesta é interesante acontecimiento de la conversión al Catolicismo de la familia real de Kiti en la isla de Ponapé, capital de las Carolinas Orientales.

El año pasado, en una pequeña narración que se publicó en los *Analecta Ordinis Minorum Capuccinorum*, hice constar la conversión y bautismo del Rey y de toda la familia real Chokas. Sea, pues, la narración presente como la segunda página de las conversiones notables de estas Misiones. No desconfío añadir nuevas páginas en lo venidero. Entre tanto voy á dejar la pluma y empuñar de nuevo la cruz, volviendo á las tareas apostólicas interrumpidas por algunos momentos. Todo sea para mayor gloria de Dios y bien de las almas.



## LOS CHAMES Y SUS SUPERSTICIONES

POR EL R. P. DAMIÁN GRANGEÓN, MISIONERO EN COCHINCHINA ORIENTAL

### II.—Creencias y prácticas supersticiosas

(Continuación)

ANTES de empezar el largo capítulo de las *supersticiones*, no será inútil apuntar algunos datos sobre el personal religioso y la parte material de los *sacrificios*.

Cinco clases de individuos toman parte activa en las ceremonias del culto, á veces simultáneamente, pero con más frecuencia por grupos ó aislados.

La primera es la de los *bonzos* propiamente dichos. Se les invita á la mayor parte de las ceremonias, sobre todo á la cremación de los cuerpos, en la que su concurso es indispensable. Practican varios grados de iniciación, y no llegan al último hasta la edad de unos treinta años, y con la condición de haber ya contraído matrimonio. Su carácter es indeleble, sin dimisión ni degradación posible. Cultivan sus campos y se dedican á las otras ocupaciones de la vida común, como los simples laicos. La única cosa exterior que les distingue es un holgado vestido blanco. Tres de ellos, nombrados por elección, son constituidos grandes sacerdotes de las tres principales divinidades, y jefes jerárquicos de todos los bonzos de Binh-Thuan. Esta dignidad parece que es puramente honorífica. Según un libro pagano, todos deben ponerse el turbante con perfección, pues «el espíritu del Señor habita en su cerebro,» y pudiera escaparse por la menor hendidura.

Vienen en seguida los ministros secundarios ó *sacristanes*, encargados especialmente de guardar los ornamentos de las divinidades y los utensilios del culto, y de velar por la conservación y limpieza de los templos. Pueden presidir por sí mismos los sacrificios, después de haberlo dispuesto todo al efecto.

Constituyen la tercera clase los *músicos*, indispensables en las ceremonias importantes: en ellas invocan á la divinidad ó cantan sus alabanzas, tocando sin medida su inarmónica guitarra.

Júntaseles ordinariamente un artista de la misma fuerza, cuyo instrumento es un tamborcito plano, cubierto con piel por un solo lado.

Todas estas gentes de pagoda, á excepción de los tambores, deben guardar cierto número de abstinencias especiales; las de carne de cerdo, de búfalo, de buey salvaje, etc. Forman castas sagradas que se transmiten por los hombres. La costumbre les deja, por otra parte, toda libertad para enlazarse á su gusto.

Por último, las *pitonisas* y hechiceras ocupan lugar importante. Sus funciones consisten en bailar, gesticular, hacer toda clase de contorsiones y dar la respuesta de la divinidad interrogada. El espíritu se apodera de ellas y las «pisotea,» según la enérgica expresión de los indígenas. Están obligadas á absoluta continencia, bajo pena de muerte para ellas y sus cómplices. La vocación, empero, casi no se declara nunca antes de los cuarenta años, y de ella sólo es juez la postulante. Pronto adquieren un ardor apasionado, asombrosa re-

sistencia á la fatiga, y profunda habilidad de representación y disimulación. Por lo demás, no puede negarse la realidad de la obsesión y de la inspiración diabólica en gran número de casos. Los anamitas no conocen esa raza innoble de terribles posesos: es una excepción que parece la única entre los pueblos de la Indochina.

Los *instrumentos* del culto son: diversas especies de platos, algunos reservados á los bonzos de primera clase, para recibir las ofrendas; una jaula cilíndrica conteniendo el fuego sagrado representado por dos bujías encendidas; aguamaniles y tazas de metal, incensarios, y por último agua lustral de tres clases, madera de cierto árbol, limón y potasa terrosa del país en estado natural. Las ofrendas ó la materia de los sacrificios son, según la importancia del objeto que se propone y la riqueza del que hace ofrecer: el búfalo, la cabra y el cabrito, gallinas, patos, arroz, huevos, bananas, aguardiente de arroz y otras vituallas.

Cuando los sacrificios se ofrecen en nombre de todos los habitantes de una misma comarca, efectúanse generalmente en las viejas torres que sirven de templos. Los bonzos de diversas categorías son los únicos oficiantes. Su ritual está sobrecargado de pormenores muy minuciosos, de observancias pueriles y vacías de sentido. Difícil sería darse de ellas cuenta exacta, y más difícil, al mismo tiempo que fastidioso, describirlas todas. La ceremonia concluye siempre con un festín común, en el que se consumen no sólo las carnes ú otros comestibles ofrecidos á las divinidades, sino también la parte proporcional de víveres diversos que cada familia ha debido aportar. En las grandes solemnidades anuales la fiesta y el festín duran hasta tres días enteros, tomando buena parte en ellos hombres y mujeres, ricos y pobres.

En los sacrificios particulares ó domésticos sólo se llama á los bonzos para las causas importantes: en general oficia por sí mismo el jefe de la familia. Estas ceremonias celébranse en la casa, ó en los templos y pagodines, para preservarse de una inminente desventura, librarse de un mal presente, ó también dar gracias por un beneficio recibido.

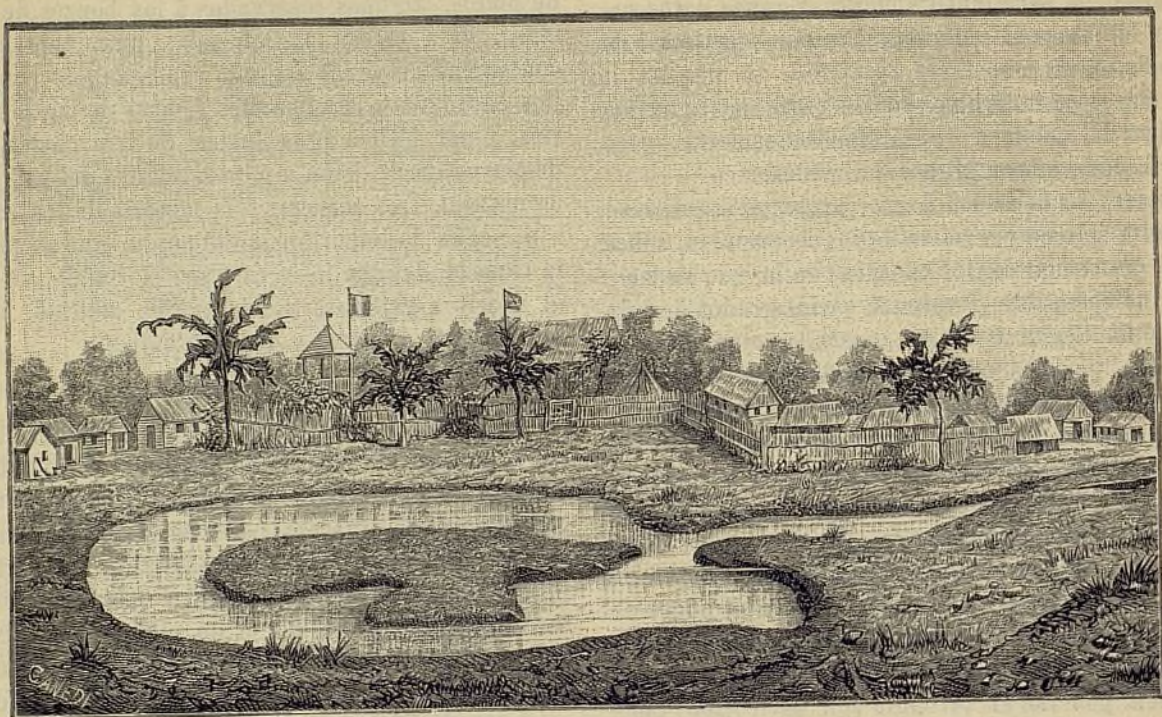
Una vez al año cada población inmola al *cielo* un búfalo macho, blanco si es posible.

El sacrificio ofrécese en pleno sol, en medio de los campos. Parece tiene por objeto especial obtener un perfecto riego de los arrozales y abundante cosecha. Todos los vecinos contribuyen á los gastos y asisten solícitos. Adórnase en esta ocasión con un ancho turbante blanco, y van armados con un largo palo que termina en un hierro agudo. Atan la víctima á un poste sólido, y la cuerda que le sujeta es fuerte y lo suficiente larga para que pueda dar vueltas fácilmente. A una señal dada, llueven los golpes sobre el infeliz búfalo, que se lanza furioso contra sus agresores; pero retenido cautivo con la larga cuerda, describe velozmente un círculo sin fin. La multitud que le rodea multiplica los golpes dando gritos, cantando, bailando y aplaudiendo



con frenesí. Pronto sanguinario delirio se apodera de los asistentes, y la víctima arde en impotente furor. Finalmente el pobre animal cae jadeante, cubierto de sangre, espuma y polvo. El señor del pueblo se adelanta entonces gravemente, y de una cuchillada le corta más ó menos diestramente la vena yugular. Al momento despedazan sus carnes, y las cuecen, chorreando sangre, con sal solamente, sin hierbas ni legumbres. Dispónen-

sólo por la punta, invita al cielo á probar la víctima inmolada, le refiere largamente sus males, pide verse libre de ellos y le enumera las promesas de su agradecimiento. Para hacer su ofrenda propicia y asegurar la eficacia de sus súplicas, debe purificarse previamente con repetidas abluciones y otras minuciosas prácticas. Contentándose el cielo con el buen olor, la familia consume modestamente la materia del sacrificio.



MADAGASCAR.—Vista de Morondava. (Pág. 460)

las en seguida, como para un festín, sobre hojas de banano. El sacrificador se postra tres veces, y con voz alta y suplicante invita al cielo á que se sacie primero, y le expresa los votos y las necesidades de todos. Terminada la súplica, y supuesto satisfecho el cielo, cada uno toma su parte. No debe quedar del festín más que los huesos más duros que las mandíbulas de los convidados, prescripción generalmente inútil, atendido lo mucho que la devoción les abre el apetito. El vino y el arroz indispensables en todos los banquetes solemnes, están rigurosamente excluidos de esta comida religiosa.

Fatalistas y supersticiosos hasta lo sumo, estos infelices paganos parece ignoran la existencia de las causas segundas, y todo lo atribuyen á la malicia y á la venganza de los espíritus celestiales ó de los manes de los difuntos. Así que una desventura aflige á una familia, el de más edad de ella se apresura á sacrificar al cielo un cabrito, una gallina ó un pato, según la gravedad del mal. La víctima, hecha pedazos y asada, se coloca en tres platos que deben estar de ocho á diez centímetros sobre el suelo. Los llevan en seguida gravemente á la era, delante de la puerta, dejándolos expuestos al aire. El sacrificador, vestido con su mejor traje, medio sentado y medio arrodillado, con las manos juntas sobre la cabeza, de suerte que los dedos correspondientes de cada mano estén unidos entre sí, pero

Si el cielo permanece sordo á las súplicas que tan devotamente se le han dirigido, invítase á un bonzo para que sacrifique á su vez por el mismo fin.

Véase como este personaje oficial procede para curar á un enfermo. Este es el caso más frecuente y que ofrece mayor interés.

Como hombre práctico, empieza por tratar el precio de sus servicios. Comúnmente exige uno, dos, cinco búfalos, según la gravedad del mal y la riqueza de la familia.

La enfermedad resulta siempre muy grave cuando la familia es rica. Tásase desde luego el valor de cada bestia (de 200 á 300 pesetas en Binh-Tuan), de suerte que, si á la familia no le es fácil pagar su deuda en especie, pueda satisfacerla en dinero, con el bien entendido de que, caso de un desenlace fatal, se anula el contrato. Una vez convenidos los honorarios, el operador pone manos á la obra. Hace sentar al enfermo en un coco, y le lava y vuelve á lavar la cabeza con agua lustral, recitando al mismo tiempo fórmulas especiales con entonación tan extraña y volubilidad tan grande, que raras veces los mismos chames pueden entender el sentido, aun siendo expresadas en lengua vulgar. Terminados los exorcismos, vuelven el enfermo á la cama.

Entonces el bonzo, armado con una podadera, abre el coco, sin dejar de leer su libro de magia. ¡Atención,



que aquí está la solución del caso! Si el fruto aparece en parte vacío de su refrescante licor, todo está perdido. La enfermedad viene del cielo, contra el cual todo esfuerzo es impotente. Si el misterioso coco, por el contrario, está perfectamente lleno, ¡feliz presagio! ¡grande regocijo! la enfermedad es obra de los demonios familiares al bonzo, quien la curará pronto.

Durante tres días consecutivos llevan el enfermo al río.

El día primero le sumergen en el agua hasta las caderas con las múltiples formas y ritos de costumbre, y el bonzo le dice:

—Hoy quedarás curado hasta las caderas.

El día siguiente repítase la inmersión hasta los hombros exclusivamente, acompañada de estas palabras:

—Seas curado hasta los hombros.

El tercer día, por fin, inmersión completa, con seguridad de una curación radical.

Y con mucha frecuencia, sino siempre, el enfermo sale curado en parte ó en todo, según la orden del taumaturgo.

es un puro charlatanismo muy lucrativo. Pero, por otra parte, es imposible explicarlo todo por la simulación del enfermo, pues no tendría objeto y sería harto dispendiosa. Así hay que reconocer enfermedades realmente graves, y por consiguiente verdaderas curaciones.

La explicación de este hecho maravilloso será la que dan los mismos bonzos y que universalmente admiten sus clientes: la curación es debida al demonio, lo mismo que la enfermedad. Los demonios, en efecto, no puede negarse que infligen con frecuencia á los paganos, que son voluntariamente sus esclavos, numerosas enfermedades, reales ó ficticias, lo mismo que otras calamidades, para atraerse y conservar sus adoraciones. Estas manifestaciones son raras en país cristiano, pues se estrellarían contra la fe de los buenos, y convertirían quizá á los malos que enfermasen: así prefiere dejarles gozar en paz, en la ilusión de sus pecados. Por lo demás, la cruz, la sombra de nuestras iglesias, y más que todo el divino Sacrificio, protegen aun á los impíos que los blasfeman.



MADAGASCAR.—Iglesia y casa de los misioneros en Ambohimaso. (Pág. 460)

El sacerdote An ha sido testigo de toda una operación de este género: la curación fué real y permanente.

Y hay que admitir, en efecto, por lo menos una mejoría positiva, pues los chames, salvo los que viven mezclados con los anamitas, no consultan á otros doctores que sus bonzos, ni toman medicina alguna.

Son capaces los bonzos de muchas supercherías, y puede suponerse que, en más de un caso, su concurso

Siendo los bonzos sacerdotes y servidores de Satanás, y conociendo perfectamente el ritual diabólico, no es sorprendente que, en nombre de su amo, puedan libertar de un mal causado por él, á aquellos que lo sufren.

En este comercio el bonzo adquiere búfalos, y Satanás gana honores y almas, el único objeto que codicia acá en el suelo.



## LOS ÑIS Ó ÑI-PAS TRIBU LOLOTA DEL YUN-NAN

POR EL P. PABLO VIAL, MISIONERO APOSTÓLICO

El siguiente estudio, debido á la pluma de un miembro de las Misiones Extranjeras de París, á quien sus publicaciones sobre la lengua y la escritura indígenas en Yun-Nan han señalado ya á la atención de los filólogos, será apreciado no sólo por los sabios, sino también por todos nuestros lectores, pues además de las noticias etnográficas y geográficas sumamente interesantes sobre una raza del Asia Central poco conocida, ofrece detalles históricos y anécdotas tan interesantes como edificantes, y agradablemente referidas.

### Prólogo

EN el presente estudio me propongo hablar de un pueblo desconocido hasta hoy, pero que por su fisonomía, usos y costumbres, lengua é historia ofrece el mayor interés. El pueblo lolo, si llega á inocularse la verdadera civilización, que es la del Cristianismo, quizá esté llamado á desempeñar papel importante en el porvenir de la raza china, que lo ha vencido, mas sin poder asimilárselo y contra la cual conserva un rencor tan profundo como tenaz.

Las costumbres civiles y religiosas de este pueblo, y su mismo idioma, quedan ignorados aun de los chinos, cuya vanidosa jactancia les impide estudiar á una raza que tratan como ilota; y los europeos, á pesar de su buena voluntad, no han logrado rasgar el misterioso velo que envuelve á estas poblaciones, casi todas ocultas en sus valles y montañas.

Esta raza, que cubría el territorio del Yun-Nan cuando la invasión de los tártaros, está dividida en varias tribus, que hablan dialectos distintos, pero que en el fondo son la misma lengua.

De todas las relaciones que se han publicado sobre estos indígenas, la del Sr. Colquhon, traducida al francés con el título de *Chine Meridionale* (imp. Oudin), me parece la más sincera y exacta; y sin embargo, este viajero no pudo llegar á saber si esos *lolos*, nombre vulgar con que se designa á este pueblo, tienen escritura y tradiciones escritas.

En efecto, á los lolos les gusta vivir aislados, y huyen del extranjero. Sólo la gracia de Dios, que me ha puesto en comunicación íntima con ellos, me ha permitido levantar el velo que hasta hoy les ocultaba. Una vez vencida su timidez, me han abierto todos los secretos de sus almas, de sus usos, de su idioma, de sus costumbres y aun de su historia.

Mi intento, sin embargo, no es dar á conocer todas las tribus que componen esta raza primitiva de la provincia china del Yun-Nan. Me limitaré á hablar de la tribu que evangelizo, conocida con el nombre de *ñi ó ñi-pa*, y la estudiaré en sus diversos aspectos.

Este estudio especial permitirá formar una idea bastante exacta del carácter general de la raza lolota, pues aunque las tribus difieren entre sí, tienen numerosos rasgos de semejanza.

Hace dos años fui el primero, según creo, en dar á conocer la lengua y escritura de los ñi-pas (1); así juzgo superfluo tratar ese asunto en el presente trabajo.

(1) *De la langue et de l'écriture indigènes au Yun-Nan*. París, Leroux, editor.

### I

#### Cómo llegué al país de los ñis

*Mi partida.—Curiosidad de los habitantes.—Primer encuentro con los lolos*

En 1886 hacía dos años que yo administraba el reducido distrito de Te-tse-tsen, pueblo situado en la llanura de Song-min-tcheu, al pie de la encantadora montaña del Iolin, antiguo volcán extinguido hace algunos siglos.

Este distrito es uno de los más pequeños y tranquilos del Yun Nan. Compuesto de poco más de cien cristianos, todos concentrados en un espacio de cuatro kilómetros, no era suficiente para mi celo y mi carácter. Recorrí los alrededores en busca de nuevas almas para Jesucristo.

Seguido de dos portadores, franqué primero los montes del Sur y bajé á un prolongado valle, que me condujo en un día á la llanura de Ñi-leang-hien, el granero de la abundancia de la capital, llanura caliente, bien regada y cultivada.

En Iang-kai, donde pernocté, la población, movida por la curiosidad, entró en mi aposento por la ventana y por la puerta. Como de costumbre empezaron por observarme, y examinar mis objetos: todo lo que era de cobre parecióles oro puro, y mis libros los tenían por sortilegios. Consultáronme sobre el porvenir y sobre la causa de ciertas enfermedades.

Todo este pueblo se convertiría fácilmente si no fuese supersticioso, pues la creencia en la unidad y espiritualidad de Dios la admiten sin dificultad las almas no maleadas por la herejía.

Por desdicha el orgullo y la rutina reaccionan incessantemente contra la primera impresión, y en suma el argumento más claro, evidente y decisivo no deja huella más permanente en el alma de esos orientales que un cañonazo en el agua.

El día siguiente me decidí á continuar mi viaje hacia el Sur, pues habíanme hablado de una ciudad que sólo distaba una jornada.

Franqueamos por la parte del Sudeste una montaña escabrosa. Llegué el primero á la cumbre, y en la corteza de un árbol gigantesco grabé una cruz y mis iniciales como señal de toma de posesión del país. Luego entramos en la ciudad de Lu-lan-tcheu.

El día siguiente los chinos, y sobre todos los lolos y lolotas, me rodearon atónitos, casi asustados, y yo no pude hablarles, porque no conocía entonces su lenguaje. Los hombres vestían muy corto, y las mujeres lucían en sus ropas los cinco colores del arco iris.

Aquellos semblantes pacíficos, honrados, sencillos y simpáticos me conmovieron, y pedí fervorosamente al Señor la conversión de aquellas almas candorosas.

El día siguiente seguí el camino hacia el Nordeste para visitar al P. Birbes, que acababa de inaugurar un nuevo distrito, cuyo centro es Siao-pu-tsé, y desde allí volví á mi punto de partida.



## LAS IGLESIAS DE ORIENTE

CUANTOS viajeros han tenido la dicha de visitar los países de Oriente, de recorrer paso á paso sus valles y sus montes, de contemplar sus ruínas, y sus pueblos, y sus campos, evocando recuerdos de famosas ciudades, reñidas luchas, heroicas hazañas con los ilustres héroes que las llevaron á cabo; cuantos con espíritu de fe han reverenciado, besado y regado con lágrimas de ternura los Lugares Santos, teatro de la vida, pasión y muerte de nuestro divino Salvador, han sentido tales afectos de dulzura, devoción, entusiasmo y aun amor hacia aquella tierra de bendición, que parece no aciertan á expresar toda la vehemencia de sus sentimientos, parece que les faltan palabras para manifestar sus impresiones, y logran con sus relatos excitar en los lectores ó en los que los escuchan una santa envidia, un deseo ardiente de trasladarse á contemplar con sus propios ojos aquella parte del globo tan privilegiada. Ya se ve; en esos países santificados por la presencia de tantos justos, de tantos Patriarcas, Profetas y amigos de Dios; consagrados por la presencia del Hombre Dios, de la Reina de los cielos, María, y de su fiel custodio, el castísimo José, se aspira todavía la fragancia con que los embalsamaron sus virtudes, fragancia que arroba el alma y la traslada á otros tiempos, y como que la hace tomar parte en las conversaciones, en los hechos de la Trinidad humana.

Pero al propio tiempo el corazón de esos mismos viajeros siente profunda pena y tristeza, porque ve á esas comarcas tan favorecidas, lejos, muy lejos de la verdad, que tantas veces oyeron de los labios de Jesús; porque ven á ese pobre Oriente hambriento de verdad y de fe, y separado no obstante por mil obstáculos del sendero de la vida al que como irresistiblemente parece empujarlo la divina Providencia.

Doloroso es, en efecto, el espectáculo que presenta ese país en otros días tan fecundo en santos Doctores que lo ilustraron con su ciencia, en Mártires que lo regaron con su sangre, en Anacoretas que lo asombraron con los rigores de una penitencia asombrosa, sumido hoy en la ignorancia, en la molicie, en los vicios. ¡Ah! es que sus Anacoretas y sus Mártires y Doctores eran regalados frutos del árbol frondosísimo de la Iglesia, cuya savia benéfica les daba vigor y lozanía; mas llegó un día en que el orgullo y la soberbia rasgaron la túnica inconsútil del Salvador, proclamando la herejía y el cisma, arrastrando á la perdición á innumerables pueblos que, como ramas desgajadas del árbol del Catolicismo, han muerto y sólo pueden producir frutos de muerte. Ciertamente es que muchos han vuelto al camino de salvación, regocijando con su vuelta á los Vicarios de Jesucristo y á todos los hijos fieles de la Iglesia; pero no lo es menos que todavía quedan en Asia y en Europa más de setenta millones de ovejas descarriadas, que se apacientan con los venenosos pastos de las Iglesias cismáticas de Oriente, sin que su clero pueda proporcionarles alimento de saludable doctrina, ni sus monjes puedan, á pesar de una vida austera y mortificada, atraer sobre ellos las bendiciones del Señor de quien

han renegado, á quien, en su Iglesia, niegan sumisión, respeto y obediencia.

Y este dolor crece al considerar los obstáculos que se oponen á que tantos millones de almas se abracen con la verdad y entren en el redil de Jesucristo. Prescindiendo del Gobierno musulmán, que ejerce en esos países su despotismo; prescindiendo de los emisarios protestantes, empeñados en seducirlos con sus predicaciones y Biblias, si bien, por fortuna, poco alcanzan sus conatos de propaganda: el orgullo, la soberbia y ambición de los cismáticos griegos y rusos que continúan en la necia pretensión de llamarse la Iglesia ortodoxa, están muy distantes de la humildad que confiesa los propios errores, detesta los propios desvaríos, pide perdón de sus faltas, reconoce los derechos ajenos, se rinde y sujeta á sus legítimos señores, por más que la ignorancia ó el odio la haya de ellos por mucho tiempo separado.

Esta humildad es la que los católicos deben pedir en primer término á la Majestad divina en favor de esas desgraciadas Iglesias cismáticas, como que es el primer requisito para que puedan abrir los ojos á la luz. Y si es innegable, como lo es, que una de las causas que tanto entristecieron y afligieron al Corazón de Jesús en el sagrado Huerto y en su Pasión, fué el ver la separación de estas Iglesias, las heridas con esta separación inferidas á su Esposa la Iglesia, y tantas almas arrastradas á los abismos; cuantos quieran preciar de amar á Jesucristo, y tengan empeño en mitigar sus dolores, no pueden menos de experimentar profunda pena por esos mismos motivos. No faltan, en verdad, corazones amantes que se esfuerzan por llevar ese consuelo á nuestro buen Jesús. ¡Cuántas oraciones se han elevado al trono del Señor, cuántas lágrimas se han derramado en favor de esos infelices cismáticos! En Paray-le-Monial todos los primeros viernes de mes se ofrece el santo Sacrificio por las Iglesias de Oriente, y en beneficio de las mismas envían gruesas sumas la caridad y el desprendimiento católicos.

Tantos esfuerzos, tantas oraciones, tantos sacrificios no han de ser inútiles; así lo esperamos, así se lo pedimos á la misericordia divina; y prueba puede ser de que nuestro Señor no desoye las súplicas de sus hijos, el desarrollo que en esos países va adquiriendo la devoción al Corazón sacratísimo de Jesús, y pruebas son de que quiere abrir á esos países los senos de su caridad infinita, las Comunidades religiosas que de mil modos y en número siempre creciente, van difundiendo por aquellas tierras la virtud, la verdadera ciencia y la semilla de la doctrina católica.

Hoy no podemos presentar al mundo el espectáculo glorioso de las Cruzadas como en los siglos medios: estamos más *civilizados*, mucho más *civilizados* que los *bárbaros* que en ellas combatieron, y los Gobiernos no están para empresas *caballerescas*, aunque sí para *anexionarse* los bienes atesorados en favor de aquellos países por la piedad, por la caridad de los fieles; mas podemos los católicos formar una cruzada espiritual de oraciones y sacrificios que hagan dulce violencia al Corazón deífico de Jesús, y le obliguen á concedernos la conversión de las Iglesias cismáticas, su vuelta al redil de la Iglesia católica.—J. B.



## EL P. DAMIÁN DE VEUSTER

DE LA CONGREGACIÓN DE LOS SAGRADOS CORAZONES, APÓSTOL DE LOS LEPROSOS

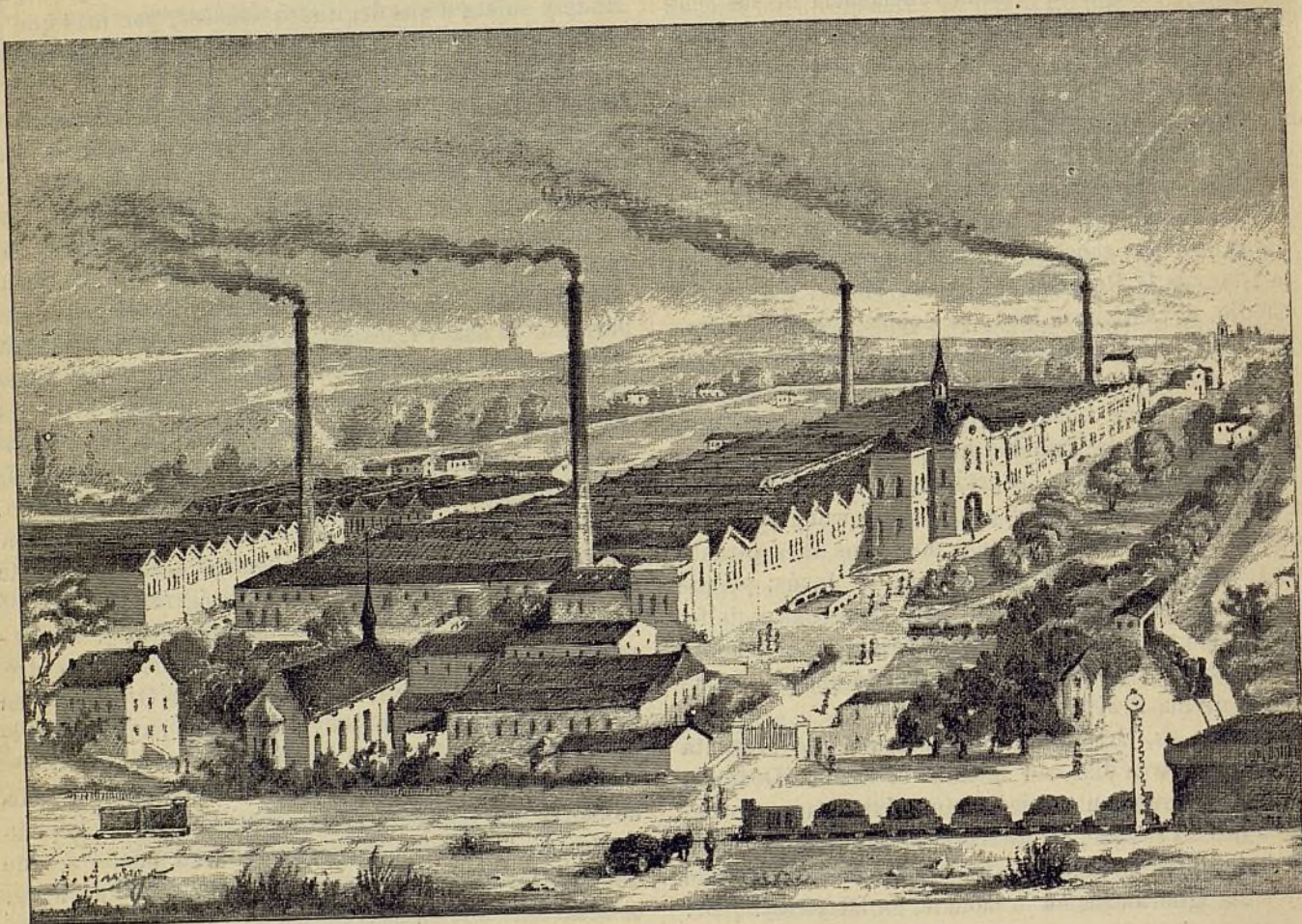
### VII.—ESPÍRITU DEL P. DAMIÁN

EL rasgo característico del apostolado del P. Damián, dice el P. de Vos, es la caridad. Amaba á sus leprosos con la ternura de la más cariñosa madre: amábalos así, cubiertos de llagas; así, en su miseria; así, en medio del horror que inspiraban; amábalos con amor activo, inteligente é industrioso, que por los cuidados que presta al cuerpo, adquiere el derecho de cicatrizar con diestra y delicada mano las úlceras del alma.»

ven, el P. Damián tenía horror instintivo á todo lo que sabía á fama y renombre. Causóle tanto pesar el que sus padres hubieran dado á luz una de sus cartas, que por vez primera les dirigió respetuosos reproches. Recórranse todas sus cartas: ni siquiera se encontrará huella de amor propio, pues conservaba la candidez de los niños.

«Es tan fácil amar al P. Damián, escribe el Sr. Clifford, como venerarle: ni se le ha ocurrido siquiera la idea de que es un mártir y un santo: nunca he visto persona tan poco cuidadosa de sí misma.»

Estas eran las ansias, este el objeto del intrépido misionero: vivir desconocido; pero por más que la virtud se esconda, tarde ó temprano acaba por brillar.



VAL-DES-BOIS.—Gran colonia industrial del Sr. León Harmel. (Pág. 449)

El mismo P. Damián resumía su apostolado en estos términos: «Mucha bondad para con todos, tierna caridad para con los necesitados, dulce compasión para con los enfermos y moribundos, y sólida instrucción religiosa á todos mis oyentes: he aquí la línea de conducta que he observado para traer á Dios á mis infelices leprosos.»

Caridad y dulzura, misericordia y compasión; tal es, en efecto, el sorprendente é incontrastable reflejo de esta noble fisonomía, que figurará en adelante en las lúgubres páginas de los anales del archipiélago Hawaiano; y, sin embargo, tiene otros méritos que conviene señalar aquí. Este héroe de la abnegación, este mártir de la caridad, fué modestísimo, sencillo y humilde, pues, como ha notado muy bien la Sra. Cra-

A principios de Septiembre de 1881 S. A. R. la princesa Liliuokalani, regente de las islas Hawai, visitó el lazareto de Molokai. Maravillada de los prodigios obrados por el humilde misionero, quiso galardónarle, y apenas hubo llegado á Honolulu, envióle por medio del Ilmo. Sr. Hermann, vicario apostólico del Archipiélago, el diploma y condecoración de comendador de la Real Orden de Kalakaua, con la siguiente carta escrita de su propio puño:

«Reverendo señor mío: Quiero manifestar á V. R. mi admiración en vista de los heroicos y desinteresados servicios que presta á los más infelices de mis súbditos, y tributar de algún modo público homenaje al desprendimiento, paciencia y caridad sin límites con que se dedica sin tregua al alivio corporal y espiritual



de todos aquellos pobres enfermos, que carecen de los tiernos cuidados de sus padres y amigos. No se me oculta que sus desvelos y sacrificios no tienen más móvil que el deseo de aliviar á todos esos desgraciados, y que tan sólo quiere ser premiado por el gran Dios, nuestro soberano Señor, que le dirige é inspira: sin embargo, para cumplir con mi deseo, le pido, reverendo Padre, que se sirva admitir la condecoración de comendador de la Real Orden de Kalakaua, en prenda de mi sincera admiración, por todos los esfuerzos que hace para aminorar y aliviar de todos modos los padecimientos de esos infelices, según he podido verlo yo misma hace poco, al visitar el lazareto.

«Soy suya afma.,—LILIUOKALANI, *regente*.»

Recibió el P. Damián la carta y la condecoración con la sencillez de un hombre que se desconoce por completo. Colocó con mucho respeto en un baúl la cruz de comendador, y no se volvió á hablar de ella. ¿Qué necesidad tenía el P. Damián de tal recompensa? Dios le iba á conceder la única condecoración que él desde tiempo atrás anhelaba: la lepra.

Mas digamos, antes de terminar, que el rasgo más notable del varón apostólico fué un final abandono en manos de la divina Providencia. *Jacta super Dominum curam tuam, et ipse te enutriet*: «Depón tus cuidados en el corazón de Dios, y El proveerá á tus necesidades. (*Psalm. LIV, 23*).» Tal fué la máxima predilecta del santo misionero. Tranquilo é imperturbable en las pruebas y hasta en los más recios golpes de la calumnia, repetía sereno: «Nada temo: la Providencia me ampara.» ¿Podía permanecer sordo Dios á tan filial confianza? Era imposible; y por eso triunfaba el P. Damián, como por juego, de las mayores dificultades, porque la divina Providencia le guardaba con la solicitud de la más cariñosa madre.

«No tengo, escribe á su hermano, ni un maravedí de renta segura, y, sin embargo, no sólo nada me falta, sino que hasta me sobra para dar limosna. ¿Cómo explicar este misterio?... Tengo por ecónomo á San José: nuestras Hermanas de Honolulu me envían vestidos, y no faltan almas caritativas que me procuran lo demás...» Nunca abandona Dios á los que en El confían.

Finalmente, la paciencia, que corona toda virtud, vino á abrillantar y á pulir una alma tan sencillamente heroica y tan afectuosamente sumisa á la voluntad de Dios.

«El hombre, dice el demonio hablando de Job, abandona las riquezas si queda con vida; hiérele, empero, en el cuerpo hasta la medula de los huesos, y verás si sigue bendiciéndote.»

Y al instante, por orden del Señor, horrorosa úlcera cubre el cuerpo del santo Job: mas en vano, pues no maldice á su Criador. «Si de Dios recibo el bien, dice, ¿por qué no recibiría el mal de su justa mano?»

Exactamente lo mismo aconteció con el P. Damián. Pasados once años en heroicas fatigas, Dios, para recompensarle, le hirió con la lepra; y el esforzado campeón, en vez de quejarse, exclama en un transporte de alegría: «¡Estoy contento! Ya no hay que dudarlo; ¡soy leproso!»

# VIII.—LEPROSO

En el decurso del año 1884 tuvo el P. Damián algunas sospechas de su enfermedad: en 1885 no le cupo ya más duda; pues acercósele un día el facultativo del lazareto, y mirándole dijo:

—Padre, os ha llegado la hora: ya estáis contagiado.

—Lo que me decís, respondió sencillamente el Padre Damián, ni me espanta ni me turba; pues es la voluntad de Dios: ya lo aguardaba.

Y al punto escribió al Vicario apostólico para darle aviso: «De hoy en adelante no me es lícito ir á Honolulu, por ser yo ahora leproso. Señales de lepra aparecen ya en la mejilla y oreja izquierdas, y las cejas empiezan á caer. Quedaré luego enteramente desfigurado. Sin abrigar duda alguna en cuanto á la naturaleza de mi enfermedad, quedo tranquilo, conforme y muy feliz en medio de mi pueblo. Sabe Dios lo que mejor me conviene para santificarme, y cada día repito con la sonrisa en los labios: Hágase tu voluntad. (1885).»

«Eternamente agradeceré al Señor el favor que me hace, escribe á su hermano. Me ha concedido una gracia que grandemente me consuela.»

«Gozábase, pues, el P. Damián en sus enfermedades, ha exclamado el R. P. de Vos, de la Compañía de Jesús, al pronunciar la oración fúnebre del héroe de la abnegación; ellas eran su gloria. Sometíase á los estragos de la lepra, como se entregaba San Francisco de Asís á las ardientes saetas del Serafín encargado por Dios de señalar en sus miembros los estigmas del divino Crucificado... Conturbóse el mundo al pensar en este sacerdote que lentamente consumaba su prolongado martirio...»

Hablando en Londres un ministro anglicano á sus adeptos, trazóles en tiernos rasgos la conmovedora vida del heroico sacerdote de Molokai; y de los ojos de aquellos disidentes brotaron dulces lágrimas. Sintieron impelidos, como la Regente de las islas Sandwich, á tributar al humilde Apóstol de los leprosos los homenajes de simpatía, admiración y respeto de que estaban penetrados; y en consecuencia, á pesar de su pobreza relativa, recogieron cuantiosas limosnas, encargando al R. Chapman, su caritativo pastor, las enviara en su nombre al P. Damián.

«Al enviar estas limosnas al Apóstol leproso, escribe el R. Chapman, creen que el mejor medio de aliviaros y haceros sonreír una vez más, es socorrer á vuestro desgraciado pueblo... ¡Ojalá esta florecita de amor que Inglaterra os envía, perfume en torno vuestro el ambiente, y consiga en vuestro corazón un recuerdo para los que os la dedican con la esperanza de veros un día en la patria celestial! (1886).»

Viéndose obligado á contestar, hízolo el P. Damián con la humildad de un San Vicente de Paúl.

«Bendigo al Señor, escribe al R. Chapman, pues por el ejemplo de un pobrecito sacerdote que no hace sino cumplir con las obligaciones que su vocación le impone, os ha dado á conocer la dulzura y suavidad de la vida en el sacrificio de sí mismo... La adorable Eucaristía es mi pan cotidiano, y por eso soy feliz, por eso estoy alegre y resignado en el estado algo extraordinario en que á la divina Providencia plugo colocarme.»



Viendo ya próximo su fin, prosiguió en el trabajo comenzado con tan inalterable perseverancia, que nadie le igualaba en ardor ni en intrepidez.

El primero en pie, y el último en acostarse, siempre llevaba de frente, con ardor sin igual, tareas diversas. Dios, empero, iba á poner colmo á sus deseos, y para que su obra adelantara envióle de pronto auxilios inesperados. Un misionero belga acudió del Oregón (Estados Unidos), ávido de asociarse á los trabajos heroicos del P. Damián. Un oficial americano, protestante recién convertido, llegaba también de América, y reconocido al beneficio de haber recibido la verdadera fe, decidióse á servir abnegadamente á los leprosos de Molokai y á su valeroso Apóstol. El R. P. Wendelin Moellers llegó también para recibir su postrer aliento y heredar su puesto: por fin, tres Religiosas Franciscanas de Siracusa (Estados Unidos) se encargaron del Hospital (1888).

—Ya puedo cantar el *Nunc dimittis*, dijo entonces el P. Damián.

Y decía bien, pues la enfermedad se desarrolló después rápidamente.

Cuando el Sr. Clifford supo esto, pasó presuroso ambos mares para ir á contemplar en Molokai la imagen del *Hombre de dolores*. «Aquí, dice, todo me sorprende; tan fácil es amar al P. Damián como venerarle... ¡Es tan feliz, divertido, cariñoso, robusto y diestro artesano!... Es carpintero, albañil, organizador... Mas, ¡ay, que la lepra le ha marcado ya con su horroroso sello!»

Escribía estas líneas el Sr. Clifford en Enero de 1889, y recibió poco después la última esquila del santo Mártir:

«Afectuosos recuerdos á mi caro amigo Clifford. Voy subiendo poco á poco por el camino de la cruz, y creo que pronto llegaré á la cumbre del Calvario.» Acababa de tenderse el P. Damián en el lecho de dolor.

«El sábado, 30 de Marzo, escribe el P. Wendelin, preparóse á la muerte; después de oír la confesión general de toda su vida, me confesé yo con él; y acto continuo renovamos los votos que nos unen á la Congregación. El día siguiente recibió el santo Viático, y todo el día estuvo muy alegre, como solía.

«—Ved mis manos, decía: todas mis llagas se cierran; tórnase negra la costra: señal de muerte. Mirad estos ojos míos; á tantos leprosos he visto morir, que para mí no hay engaño posible; próxima está la muerte. Siento no ver otra vez á S. S. Ilma.; pero Dios me convida á celebrar la Pascua en el cielo. ¡Bendito sea el Señor!

«—Cuando esté V. R. en el cielo, no olvide á los que deja huérfanos, le dije yo.

«—¡Oh! no, respondió: si algún valimiento tengo con Dios, intercederé por mis amados hijos del lazareto.

«Le pedí entonces que, como Elías, me dejase su manto para imitar yo su gran corazón.

«—¡Ah! ¿qué haría V. R. con él? me dijo; está lleno de lepra.

«Pedíle entonces la bendición; me la dió con los ojos arrasados en lágrimas, y bendijo igualmente á las valerosas Hijas de San Francisco, por cuya venida había rogado tanto.

«Acostado se hallaba en el suelo, sin más regalo que

un pobre jergón como el más menesteroso de los leprosos, y costó mucho trabajo hacerle admitir un lecho. ¡El que había recibido tantas limosnas, nada se había reservado!

«Admirable fué su amor á la Congregación. Muchas veces me dijo:

«—Padre, V. R. representa aquí á nuestra amada madre la Congregación, ¿no es verdad? Pues digamos juntos las oraciones de la Congregación. ¡Cuán dulce es morir hijo de los Sagrados Corazones!

«—Padre, me dijo otra vez; escribiré V. R. á nuestro reverendísimo Padre General, que en este trance mi mayor consuelo es morir hijo de los Sagrados Corazones.»

Por fin, el lunes, 15 de Abril de 1889, á eso de las ocho de la mañana, espiró suavemente, después de haber pasado cerca de dieciséis años en un lóbrego y horroroso sepulcro de lepra (1).

Leía la Iglesia en ese día el Evangelio de la Magdalena, que quebró á los pies del Salvador el vaso de alabastro repleto de aromas, cuyo perfume se esparció en toda la casa.

Del mismo modo el alma de este verdadero discípulo de Jesús rompió la frágil envoltura de su cuerpo, y el perfume de sus virtudes celestiales embalsama hoy á la Iglesia entera.

## CRÓNICA

**España.**—Se inauguró hace ocho años en Vich el colegio pensionado de San José, á cargo de los Hermanos Maristas, y acaba de abrir de nuevo sus cursos en el antiguo convento del Carmen, recientemente adquirido y habilitado para dicho objeto, y para pensionado, á costa de grandes dispendios. El antiguo convento del Carmen reúne condiciones inmejorables de salubridad, tanto por su situación como por la distribución del local, contando con salas espaciosas y bien ventiladas, extensos patios y con el magnífico claustro interior, que mide ochocientos ochenta metros cuadrados.

En el mismo colegio, al cual ha sido trasladado el noviciado que hasta ahora había residido en Canet de Mar, encontrarán colocación los jóvenes que se sientan con vocación de entrar en el Instituto, que se dedica á la enseñanza, y á las Misiones en países infieles.

**Inglaterra.**—En el condado de Norfolk existía antes de la *Reforma* un famoso priorato de Religiosos Agustinos, término de muchas peregrinaciones, las últimas de las cuales se celebraron reinando Isabel, ya entonces con gran riesgo de los

(1) A su muerte había en Molokai unos 1,200 leprosos, como actualmente. En los dieciséis años de su residencia en el lazareto había visto morir el P. Damián cerca de 2,500, casi todos como escogidos, «pues, escribía, llegan aquí sin ser católicos, y mueren casi todos en el seno de la santa Madre Iglesia, muchos de ellos con la inocencia bautismal.» Durante esos dieciséis años fueron á ayudarle muchos Padres de su mismo Instituto, y entre éstos justo será nombrar á los RR. PP. Alberto Montitón, Andrés Burgermann, Auberto Bouillon, Bonifacio Schaefer, Gregorio Archambaux, Cornelio Limburg. Hay actualmente en el lazareto dos misioneros de los Sagrados Corazones, cuatro Hermanos enfermeros de la misma Congregación, un catequista americano y siete Religiosas de San Francisco.

Alivia el Gobierno, en cuanto le es posible, la desgraciada existencia de los infelices leprosos, aunque éstos ni siquiera se quejan. El R. P. Pánfilo, hermano del P. Damián, se ha consagrado á su vez, guardando la tumba de su hermano, al alivio de los leprosos de Molokai. ¡Hermoso ejemplo de sacrificio y abnegación!



que en ellas tomaban parte. Miss Boyd, católica, vecina de Londres, ha comprado aquel monumento, y muchos católicos de Jackenham y Walsingham han tomado parte en la primera peregrinación, organizada con licencia de Su Santidad por aquella piadosa señora. El Santuario, que se llama *Red Mount Chapel*, está dedicado á la Santísima Virgen.

—Se han convertido recientemente en Inglaterra: Lady Loder, viuda del primer Barón de ese nombre; Miss Edith Howard-Hodges, cuya hermana, convertida hace ya algunos años, es Religiosa de uno de los conventos de Roma; el Rdo. A. S. Lager Hestall, vicario de la parroquia anglicana de San Salvador, en Croiden, cerca de Londres, que se ha convertido con toda su familia, y el canónigo anglicano Gregson de Towsville.

**República Argentina.**—El R. Dr. D. Gregorio Romero, obispo auxiliar de Paraná, es hijo de padres españoles, y estudió desde su infancia en el Colegio y Seminario Conciliar de la Inmaculada Concepción de Santa Fe, dirigido por los Padres de la Compañía de Jesús, donde cursó toda la carrera eclesiástica.

Viendo el ilustre Obispo diocesano, Ilmo. Gelabert, las bellas cualidades de Romero, le ordenó de presbítero en Mayo de 1883.

En Mayo de 1884 el Gobierno de Santa Fe le nombró profesor de derecho canónico y público eclesiástico en la facultad de derecho y ciencias sociales de la Universidad.

En 1892 regentó las cátedras de historia, de geografía y Religión en la escuela normal de maestras, debiendo dejar esa tarea para ocupar la presidencia general de educación de la provincia.

El Sr. Romero es reputado por uno de los mejores oradores de la república, ocupando la cátedra del Espíritu Santo en las mayores solemnidades.

A fines de 1896 el Ilmo. Castellano, arzobispo de Buenos Aires, y los obispos Ilmos. Gelabert (el diocesano) y Espinosa, le propusieron á la Santa Sede para obispo auxiliar del Paraná.

Fué preconizado en el Consistorio de 11 de Abril último con el título de obispo de Lasso, en la Turquía Asiática.

**Noticias varias.**—En el presente mes de Octubre se reunirá en Berlín bajo la presidencia del célebre Koch, un Congreso internacional contra la lepra, que, como saben nuestros lectores, se ha presentado en Europa. Formarán la mesa, además de Koch, Armaner Husten, médico noruego; Luser, de Berlín, y el doctor Eihers, de Copenhague. Profesores católicos se preparan á explicar en el Congreso lo que han hecho las Congregaciones religiosas en el Japón, en los lazaretos americanos de Agua de Dios y Caño de Loro contra esa terrible enfermedad, que parece volvernos á los tiempos de la Edad Media.

—Ha fallecido el Patriarca de los Sirios católicos en Antioquía, Mons. Benham Benni, quien siendo arzobispo de Mossul, hace algunos años, había viajado por Europa. También ha fallecido el P. Cossi, abad del monasterio de Monte-Casino, el más célebre de la Orden Benedictina.

—A pesar de pertenecer la India á la protestante Inglaterra, no es allí tan grande el desarrollo del Protestantismo como el del Catolicismo, pese á las Biblias y á las libras esterlinas (480,000, ó sean 48 millones de reales) que tienen de subsidio anual las 32 Sociedades protestantes que trabajan en la conversión de aquel extenso y lejano país, donde sólo han convertido hasta hora 292,000 almas, mientras que los misioneros católicos son muchísimos menos en número, con escasos recursos, y á pesar de las persecuciones de que son objeto y de un cisma largo y lamentable, habían convertido en 1800 475,000 indios, siendo de 1,700,000 el número de católicos en 1890, es decir, que en noventa años se ha cuadruplicado la población católica de la India inglesa.

—Ha fallecido el antiguo misionero y actual Obispo de Batavia, capital de la Oceanía holandesa, Mons. Staal. Había predicado el Catolicismo en Sumatra y Borneo, y sido párroco en la capital de la que después fué su diócesis. Todavía no contaba cincuenta y ocho años. Ha ocurrido su muerte de regreso de un viaje á las islas Molucas, en una sola de las cuales había administrado el sacramento de la Confirmación á 311 católicos.

## VARIEDADES

### UNA MEDALLA DE LA VIRGEN

EN 1837, en el sitio de Constantina, un joven oficial francés fué derribado por una bala que le dió en la mitad del pecho. Sorprendido de sentirse aún con vida tras semejante choque, se lleva la mano á la parte contusionada, y comprueba, con alegría fácil de comprender, que no ha recibido lesión alguna. Pudiendo apenas creer tamaña dicha, se palpa en todas direcciones, y encuentra debajo de su ropa la bala que había dado con él en tierra. Estrecha piadosamente aquella bala cual reliquia gloriosa, y congratulándose por la solidez de su esternón, vuelve al combate, lleno de nuevo ardor. Mas en breve le detiene una segunda bala en la pierna. Esta vez la herida es más grave; hay que llevárselo del campo de batalla, y la curación fué tan lenta, que obtuvo una licencia mientras convalecía y pudo regresar á Francia. ¡Cosa extraña! al examinar la bala vió impresa en ella la huella de una medalla que se había grabado en el plomo como un sello en la blanda cera. ¡La bala había dado contra una medalla que una madre piadosa había suspendido á su cuello para preservarlo del peligro! La medalla había desempeñado muy bien su papel. Pero ¿cómo había podido grabar su imagen en el metal al través de las ropas? Era un hecho que nuestro joven oficial tuvo que declarar inexplicable, contentándose con aprovecharlo sin ocuparse más de él.

Al finalizar el tiempo de su licencia, fué á París. Era en las últimas semanas de la Cuaresma, y además del deseo de volver á ver la capital, no le pesaba al joven librarse de la austeridad con que se observaba la abstinencia en la casa paterna.

Una tarde sorprendióle un chubasco en las inmediaciones de Nuestra Señora de las Victorias, y entró en la iglesia para buscar un refugio contra la lluvia. El cura refería desde el púlpito algunos de los hechos extraordinarios, de las curas milagrosas obtenidas por la intercesión de la Santísima Virgen. Las paredes del templo estaban literalmente entapizadas de exvotos y placas conmemorativas cuya explicación exigía volúmenes.

El oficial, que escuchaba al principio con aire distraído, prestó en breve más atención á lo que oía: aquellas historias le recordaban la suya. Se sonreía para consigo mismo y se decía en voz baja: «¡Ah! señor cura, si supiera V. lo que me ha sucedido, ¿qué diría?» Al fin, como impulsado por una fuerza misteriosa, cuando el sacerdote se dirigió á la sacristía fué á su encuentro y le dijo:

—¿Por ventura cree V., señor cura, en todo cuanto acaba de referirnos?

—Ciertamente, caballero; todos esos hechos son completamente auténticos; he sido personalmente testigo de varios de ellos, y debo los demás á personas dignas de toda confianza.

—¿Y á eso llama V. milagro?

—Son por lo menos hechos extraordinarios, en los



cuales nos parece imposible no ver la intervención del poder divino, debido á la intercesión de la Santísima Virgen.

—¡Pero entonces, lo que me ha sucedido es un milagro!

Y le refirió la historia de su bala, y le enseñó la bala, y la medalla que llevaba siempre consigo.

¿Qué pasó después entre aquellos dos hombres? Sin duda el sacerdote hizo comprender al soldado que un hueso, por sólido que sea, no se halla en estado de resistir una bala, sobre todo cuando ésta posee bastante fuerza para aplastarse contra una delgada hoja de metal; que aquella impresión inexplicable, hecha á pesar de la interposición de los vestidos, no podía mirarse como un hecho natural; que la circunstancia misma, tan natural en apariencia, que lo había conducido á aquella hora á aquella iglesia, por decirlo así á pesar suyo, podía también ser considerada con razón como una gracia especial, etc. En suma, el oficial se sintió convencido: cayó de rodillas y se confesó.

En breve pidió su retiro y se encaminó á Roma. Allí entró en el Seminario francés, y pocos años después se le ordenó de sacerdote.

Quiso entonces regresar á aquella tierra de Africa, regada ya con su sangre: pero no ya espada en mano y para imponer por la fuerza la dominación francesa; su arma era un Crucifijo, é iba á llevar á los pobres negros, á las poblaciones más salvajes y más degradadas de la tierra, palabras de paz y de redención.

El joven oficial herido en Constantina y condecorado con la Legión de Honor no era otro que el venerable P. Papetart, vicario general de las Misiones Africanas, que no ha mucho murió en Niza, á donde sus superiores le habían enviado para tratar de restablecer su salud, quebrantada por tantos trabajos, padecimientos y fatigas.

#### ¿VISIÓN Ó REALIDAD?

No ha mucho que viajando yo por campos dilatados llegué á un paraje delicioso y ameno, en donde fui espectador de una escena tan conmovedora, que nunca más su recuerdo se borrará de mi mente. El paraje á que llegué era una extensa llanura, toda llena de olivos y naranjos, cuyas flores despedían un olor tan grato que parecíame encontrarme entre perfumes.

En medio de esa llanura se deslizaba un arroyuelo de agua fresca y limpiísima, que desembocaba en un delicioso laguito, en cuya orilla opuesta se elevaba una montaña altísima que cerraba aquella llanura. Había allí viejos y jóvenes, hombres y mujeres, niños y niñas, todos entregados á sus faenas y tan unidos entre sí, que parecían pertenecer no á muchas sino á una sola familia.

Una persona sin embargo llamó sobremanera mi atención: era una noble matrona que á la sombra de un olivo, en las faldas de la montaña, estaba en actitud melancólica y pensativa.

Me acerqué á ella y la pregunté: Señora, ¿quién es usted? ¿Por qué está V. tan triste, mientras todo aquí respira paz y alegría? Y la matrona levantando los ojos

llorosos: Míreme, dijo, y reconózcame. Yo la miré, y no tardé en reconocerla. Y ahora, replicó ella, si usted quiere enterarse del motivo de mi tristeza y de mi llanto, venga conmigo. Levantóse la matrona al decir eso, y yo, tras ella me dirigí hacia la cumbre de la montaña. Estábamos ya por alcanzarla, cuando ella parándose de improviso y dirigiéndose á mí: Párese, señor, me dijo, atienda y escuche. Paréme yo, y al momento llegaron á mis oídos gemidos, llantos y gritos de hombres, mujeres y niños, que parecían pedir misericordia y piedad. ¿Qué es eso? pregunté muy conmovido á mi guía. Mire más allá, me contestó, y lo verá. En efecto, vi un bosque virgen y en ese bosque casi desnudos tirados sobre el suelo, metidos entre las piedras, en medio de las ramas, entre las espinas, un número interminable de niños, en parte ya muertos, en parte próximos á espirar á causa del frío y del hambre: también vi un sinnúmero de gente de ambos sexos y de todas condiciones agitarse entre serpientes y animales feroces, y maldecirse y pelearse con ademanes tan crueles, que causaba horror verlos únicamente... Mi corazón se resistió á presenciar por más tiempo tan triste espectáculo: dirigí la mirada á aquella que hasta allí me había guiado, y ella adivinando en mis ojos el deseo de mi corazón: Estos hombres, me dijo, estas mujeres, estas criaturas son mis hijos, así como aquellos hombres y mujeres que V. ha visto en la llanura opuesta: ¡ah, si una mano piadosa los guiase á mi seno!... Calló, y al callar sus ojos se deshicieron en lágrimas.

Aquel delicioso valle, amados lectores, representa los países católicos y el bosque virgen aquellos países desgraciados que no han salido aún de las tinieblas del paganismo y de la herejía en que se encuentran: aquella noble matrona, que no se cansa de gemir, llorar y suplicar, ya lo habéis adivinado, es la casta esposa de Jesucristo, nuestra madre cariñosa, la Santa Iglesia Católica. ¿Quién entre los católicos al oír sus lamentos no ha de querer consolar á esta Madre tan afligida? ¿quién se resistirá á prestarle ayuda para salvar á aquellos pobres infelices, que son también nuestros hermanos? Deberíamos estar desprovistos de corazón para cometer tamaña crueldad.

Ahora bien, amables lectores, la Iglesia se contenta con muy poco: no nos obliga á cambiar nuestra posición social, no nos manda abandonar nuestros hogares: nos pide una cosa únicamente, que nos inscribamos en la Obra de la Propagación de la Fe. Un óbolo anual y constante de dos pesos es el único sacrificio que nos impone, si sacrificio puede llamarse tan pequeña limosna. Ese óbolo ha de contribuir á la conservación y progreso de una Obra, cuyo único fin es llevar la luz del Evangelio á los hogares más apartados de nuestro globo.

#### SUBSCRIPCION

EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

*Para las Misiones más necesitadas*

J. S. . . . . 2 ptas.

(Se continuará).

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Píno, 5, Barcelona